

Año XXXII.

Madrid, Jueves 25 de Julio de 1912.

Núm 30

## Suscripción "Sánchez Pérez"

	Pesetas.
Suma anterior .....	140
D. Tomás Valls. (Barcelona).	1'00
» Braulio Rodriguez. (Madrid).	1'50
» Macario Garrido y Julian Burgos. (Villanueva de la Jara).	1'00
» Marcelo Navarro. (Ampolla).	2'00
» M. H. (Gijón).	1'00
» C. P. (Ferrol).	1'50
» José M. Golpe. (Ferrol).	2'50
» Hilario Martínez. (La Vid).	2'00
Suma y sigue .....	188'50

## OTRA EQUIVOCACIÓN

Si me descuido, valiente plancha hago. Leí que Roberto Castrovido había sido elegido candidato para cubrir una de las vacantes de diputados á Cortes por Madrid, y me pareció tan natural, que escribí este articulejo:

### «CASTROVIDO, CANDIDATO

Copio de *El Mundo*, periódico monárquico:

«Roberto Castrovido, un gran periodista, un gran corazón y un gran talento, será candidato de los republicanos madrileños en la próxima elección parcial. Y como es todo lo que expresamos al principio, por lo cual le queremos entrañablemente, deseamos triunfo, ya que en este caso el hombre está por encima de toda idea política.

»Castrovido, gloria de nuestra Prensa, es la modestia misma. Por eso, mientras los suyos entronizaban medianías bullangueras, él quedó postergado, siendo de los hombres que honran á su partido. Al cabo le hacen justicia, prescindiendo, por él, de los buscarruidos habituales y de los ambiciosos sin talento. Nosotros lo celebramos por el amigo y el compañero, y también porque de ir republicanos á las Cortes, preferimos sean de la cultura, talento y sinceridad de Roberto Castrovido, que hombres así son útiles á la Patria, estén en el campo donde estén.»

¿Qué añadir á esto? Que no siempre los elogios de los adversarios son desin-

teresados y justos: republicanos hay que se ven á menudo alabados por los monárquicos, y precisamente por eso no nos convencen. Pero en este caso, si lo son. Seguramente no habrá un republicano que se niegue á suscribir los elogios que *El Mundo* dedica á Castrovido. Como tampoco habrá ninguno que deje de ir á votar su candidatura.

Castrovido no es candidato de ésta ó aquella fracción, sino del republicanismo, porque simboliza el trabajo, el talento, la integridad. Y no es un regalo el que se le hace con el acta, sino una deuda que se le paga; deuda contraída con él por todos los jefes, por todos los partidos, por todos los republicanos.

De él nadie preguntará, como ha ocurrido con tantos otros: «¿por qué le han hecho diputado?», habiéndonos todos preguntado tantas veces: «¿por qué no lo hacen?»

Debemos, pues, acudir unidos á la lucha y triunfar. La derrota de Castrovido demostraría la actual impotencia de los que triunfaron siempre que lucharon unidos. Como su triunfo nos anticipará la esperanza de que triunfaremos en las primeras elecciones generales que haya, si vamos á ellas como seguramente iremos á esta: todos a una.

Sacar hoy triunfante á Castrovido en Madrid, influirá poderosamente en los destinos del republicanismo.»

Esto escribí.

Y me luzco ¡vive Dios! si no llego á enterarme por casualidad á última hora, de que no había tal candidatura acordada, y que mis queridos correligionarios se habían reunido una vez ó dos, é iban á reunirse otra, para resolver á qué fracción le corresponde presentar el candidato ungido con todos los óleos del turno, garantido con todas las solemnidades del trámite y pertrechado con todos los sacramentos del egoísmo de campañero.

Siempre que padezco una equivocación de estas, que es á menudo, reconozco, aunque por modestia lo calle, que soy el político más torpe y más desdichado que existe. ¿A quién se le ocurre, sino á mí, creer que el mérito es lo único indiscutible en las democracias?

Cuando pienso en la plancha que he estado á punto de hacer dando por acordada la candidatura de Castrovido, me acometen los escalofríos del ridículo periodístico, y sepulto entre mis manos la cabeza, exclamando con voz entrecortada:

¡Pero, Señor, Señor!... ¡Qué necio soy!

## Menéndez Pallarés, candidato

Leo en *El País* de hoy lunes el telegrama siguiente:

«Sevilla 21.—En el Centro republicano de la calle de O'Donnell se celebró la reunión presidida por el Sr. Montes Sierra, para tratar de la designación de candidato republicano para las próximas elecciones de un diputado á Cortes.

El Sr. Montes Sierra propuso al señor Menéndez Pallarés.

En la reunión estuvo representado el partido socialista.

Los radicales votaron á Menéndez Pallarés. Hay gran entusiasmo.—C.»

Para no andar repitiendo elogios, diré que Menéndez Pallarés merece por todos conceptos, absolutamente por todos, volver á entrar en el Congreso del brazo de Castrovido.

Y ahora que los sevillanos se honren, honrándole á él.

## LO DE GRANOLLERS

¿Para qué detalles, si ya los han dado todos los periódicos? Baste decir que los carlistas se posesionaron de dos palcos en un teatro donde celebraban un mitin los republicanos; que comenzaron á alborotar, á insultar y á disparar tiros; que mataron al radical Miguel Massó, hiriendo á otros varios; que intervino la fuerza pública, y resultó muerto uno de los agresores.

Y no sólo en Granollers han obrado como quien son; en Barcelona... ¡hay que fijarse bien, en Barcelona! han recorrido las Ramblas dando mueras á la República portuguesa, apedreando la redacción de *El Poble* y la de *El Diluvio*, donde agredieron al portero.

«Miserables, cobardes, canallas y asesinos», todos estos adjetivos y otros equivalentes hem's aplicado. Los merecen, como los de igual indole que hemos dejado de aplicarles.

Pero, vamos á cuentas. ¿Son ellos los únicos responsables de las muertes, heridas y prisiones causadas?

No; lo son también, y en mayor grado quizás, los gobiernos conservadores y liberales que los han halagado y alentado en odio á la revolución; y, lo que es más triste; los republicanos que les dieron con la Solidaridad beligerancia de partido digno de alternar con los demás de España.



Y hay otros responsables además: los que, diciéndose hombres de progreso, se arrastran humilde y vergonzosamente á los pies del clericalismo, sabiendo que este es el que recluta, organiza y arma á los carlistas.

Y los que, por inferioridad mental, cobardía indigna, ó interés mezquino, se confunden con ellos en esas fiestas que llaman religiosas y que son recuento de fuerzas.

Y los que permiten que su mujer y sus hijas concurren á los templos, donde les dicen que sus esposos y sus padres son unos canallas y unos bandidos.

Y no acaban aquí los responsables, pues lo son asimismo los periódicos que por ganar suscripciones ó por no perderlas, hacen juego á los clericales anunciando sus fiestas, bombeando los Asilos que explotan, ensalzando á sus conferenciantes, ocupándose de todo lo que halaga su vanidad ó sirve á sus intereses.

Como lo son también los diputados que no se atreven á alzar su voz en el Congreso contra las demasías y desfueros de obispos, curas, frailes y monjas, por temor á que se les moteje de anti-religiosos.

Si, si; esa satgre vertida ahora en Granollers, como antes en Valencia, como antes en San Feliú, salpica por igual las frentes de todos los que se titulan liberales, y que no se han opuesto, á que el clericalismo levante la cabeza nuevamente, y prepare á España más días de luto, de ignominia, de llanto y de ruinas.

Liberales de todos los matices:

Hay que rehacernos, incorporarnos, y atacar sin tregua ni descanso al enemigo común.

De lo contrario vamos á dar lugar á que los clericales hagan indispensable en España una intervención extranjera.

¡Libertad y á ellos!

## El carlismo "baratero" de la España católica

Ya tenemos al carlismo saliendo, como el oso de las cavernas, de sus guaridas, y apareciendo de cuando en cuando en los poblados liberales para hacer su presa y volver á su escondrijo. San Feliú, Valencia, Barcelona y Granollers, son los lugares consagrados con sus primeros zarpazos y con la sangre de los liberales.

Vimos venir esto todos cuantos quisimos verlo. Esperemos tres años más, y España quedaráapestada.

Este carlismo de hoy es hijo legítimo y natural de los padres Maura y Canalejas; de Maura, que desarmó á los radicales hasta de las navajas de Albacete; de Canalejas, que ha dejado llenar de fusiles y cañones los conventos.

Es verdad que hoy dejan crecer al carlismo para intimidar al pueblo liberal, sin perjuicio de fusilarlo mañana cuando quede vencido ó vencedor el liberalismo. De esto no cabe duda alguna.

Y el carlismo sabe esto: que Canalejas y Maura, cada uno de por sí y ambos á la par, lo dejan crecer para utilizarlo como instrumento de su tiranía, para que la barbarie carlista fusile en una algarada á los Ferrer y á los Clemente García del porvenir, que ellos no se atreven ya á fusilar con las ceremonias de la ley; con ánimo, después de consumada la algarada, de lanzar el ejército contra el carlismo y fusilar á los Cabrerías y Zumalacárreguis que salgan.

Este papel baratero es el asignado á las huestes de Jaime III, sucesor de Jaime el Conquistador secuestrado por Inocencio III, y de Don Pedro el Excomulgado.

Esto es el *carlismo moderno* que se está levantando entre los mimos del Vaticano y del Gobierno, que piensan utilizarle para sus fines excusados.

La iglesia, hecha cuartel y depósito de armas; las residencias jesuitas, hechas cuartos de banderas; el Gobierno, desarmando á los liberales y autorizando el artillamiento de palacios y monasterios, la organización de batallones, las exhibiciones militares, la propaganda cuartelaria del jesuitismo... El proyecto jesuita parece bien combinado. ¿Saldrá, según calculan?

El tiempo nos lo dirá pronto. Quizás se cuente con todo menos con la impaciencia, indiscreción y rebeldía del carlista. Ha habido ya varios crímenes: uno más, y uno que por sus formas y circunstancias el Estado haya de perseguir sin remedio, y entonces podrá surgir el conflicto no calculado.

Porque la impunidad envalentona á los carlistas y acrece su osadía. Hasta aquí han disparado sobre la masa republicana, á espaldas de la autoridad: pero mañana puede hallarse presente la autoridad, y cuando ésta ordene dispersar los requetés, el pelotón carlista podrá sentirse rebelde y producirse la colisión con el Estado.

Y no será entonces la masa republicana: serán la policía, la Guardia civil y el Ejército los que entrarán en lucha, y quizás antes de que se mate á los «apóstoles revolucionarios» en algarada solemne, reviente el plan y venga el conflicto con la autoridad.

¿Habrá alguna víctima en la guardia civil? ¿Sufrirá alguna baja la policía? ¿Acertará alguna bala carlista á herir á alguno de los oficiales del ejército? ¿Esas ametralladoras de conventos y esos fusiles y bombas de dinamita, saldrán á funcionar contra las tropas nacionales antes que contra las turbas populares?

Si el vaticinio se cumpliera, comienzan Maura y Canalejas á redactar la esquela del funeral que seguramente habrán de celebrar por los gloriosos militares y empleados del Estado que resulten víctimas de las ametralladoras jesuitas.

Porque este es el final obligado de todos los juegos con fuego: la quemadura, como de todos los juegos con pólvora el destrozo del pirotécnico.

S PEY ORDEIX

## Negativa justificada

Los liberales de Igualada pidieron permiso para ir en manifestación al cementerio á depositar unas coronas sobre las tumbas de los mártires de la Libertad que perdieron la vida defendiendo aquella población contra el ataque de las hordas carlistas.

El Gobernador civil de Barcelona, no se lo concedió.

Dado el espíritu que predomina en los Gobiernos constitucionales de algún tiempo acá, opino que ese gobernador ha interpretado fielmente los deseos de los gobernantes.

Hay que ir poco á poco acostumbrando al Pueblo á la idea de que los liberales, lo mismo los de hoy que los de ayer, son y fueron unos miserables, unos canallas y unos ladrones, según repiten diariamente en los templos los ministros del Señor y los clericales de la Buena Prensa.

Y de este modo podrá soportar dignamente el contacto de la pezuña del fraile en su pescuezo.

Por conducto que no puedo revelar, me ha sido remitida copia del documento siguiente, entregado con esta fecha en la Presidencia del Consejo de ministros, y que me parece justo y razonado:

## Exposición

Juan Álvarez Mendizábal, con estatua en la plaza del Progreso; Baldomero Espartero, con estatua en la calle de Alcalá, y Manuel Gutiérrez de la Concha, con estatua en el Paseo de la Castellana, por nosotros y en nombre de los millares de víctimas inmoladas en las dos guerras civiles del pasado siglo, acudimos respetuosamente á los poderes públicos en demanda de que, sin perder instante, decreten la demolición de las estatuas que los liberales de otras épocas nos erigieron en premio á los servicios que prestamos al combatir el carlismo y las instituciones que lo encarnaban, fundamentando nuestra resolución en lo siguiente:

Restauradas, y con facultades que antes no tuvieron esas instituciones, y pujante cual nunca el carlismo, nada simbolizamos ya en nuestros monumentos, como no sea la torpeza y el error de un pueblo que sacrificó por la libertad millares y millares de sus hijos más preclaros, y millones y millones de su riqueza, para que ahora sus nietos hayan vuelto las cosas al ser y estado que tenían antes del año 1833; lo cual demuestra claramente que nosotros no estuvimos en lo cierto, y que nuestros sacrificios fueron estériles é infecunda la sangre derramada; y como no pretendemos acaparar glorias que no nos pertenecen, renunciamos á la que nuestros contemporáneos nos otorgaron. No queremos continuar por más tiempo usurpando unos pedestales que corresponden de derecho á los represen-



tantes de las ideas que combatimos y que son las que hoy predominan: el Conde de España, Cabrera, Zumalacárrregui, cura Santa Cruz, Saballs, Cucala, Rosas Samaniego y otros héroes del carlismo.

Y es tan firme nuestra resolución, que si por injustificados miramientos a la Historia no se destruyesen antes de quince días nuestras estatuas, nos arrojaremos nosotros mismos de los pedestales, para evitar que se nos suponga cómplices de las vergüenzas que está devorando España desde que se ha olvidado que solamente por la Libertad se engrandecen las naciones; y para prevenirnos también contra la probable contingencia de que un gobierno cualquiera decreta un día que el bronce en que nuestras figuras se vaciaron, sea empleado en construir cañones para hacer salvas el día que sea llevado al patíbulo el último liberal.

Gracia que esperan alcanzar de la justicia de que todos los gobiernos liberales alardean. Madrid 22 de Julio de 1912.—Juan Alvarez Mendizábal.—Baldomero Esparteo.—Manuel G. de la Concha.»

Estaré a la mira de la resolución que recaiga, para comunicársela inmediatamente a mis lectores.

## Cría cuervos...

Al salir el día 17 en Tuy del correo con los paquetes de periódicos liberales y republicanos para hacer el reparto y la venta, fué atropellado el vendedor por el relojero Juan Fortán y el cura José González Palacios, coadjutor en Porrino, los cuales hicieron añicos *El Imparcial*, *El Liberal*, *El Herald*, *La Correspondencia de España*, *La Mañana*, *España Nueva* y *España Libre*.

Esto dará idea a todos los colegas que acostumbran a poner la mejilla cuando los clericales le dan una bofetada, de lo que harían con sus redactores si los pillaran en despojado.

No bien oyeran decir: «ese que va ahí es redactor de tal periódico», no serían puntapiés, puñaladas ni trabucazos los que descargarían sobre su persona.

Son ingratos como ellos solos los clericales. Que hicieran tiras de mi pellejo, la más grande del grueso de una aguja fina, si me pillaran a mansalva, a nadie le extrañaría. Al fin y al cabo, yo me descomo en ellos constantemente.

¡Pero a esos apreciables colegas, tan comedidos y respetuosos, que sólo se pasan alguna vez que otra a dar cuenta a sus lectores, con todas las salvedades y distinguos, de las barrabasadas, los delitos, ó los crímenes que cometen los clericales!

Esto no se comprende y prueba lo desagradecidos y lo carundas que son, y que no olvidan, ni agradecen ni perdonan.

Y esto me obliga a juramentarme consigo mismo, para no cejar en la santa empresa de desenmascararlos, mientras

el Señor de Cielo y Tierra se digne mantenerme por aquí en plena posesión de las facultades mentales que a la mayoría de los clericales le negó.

Porque como brutos, hay que reconocerlo desapasionadamente: son muy brutos.

## Pruebas inequívocas

En los sucesos de Granollers pereció un carlista de los que agredieron traicionablemente a los republicanos.

Se llamaba José Vila, era empleado del Municipio de Barcelona, y tenía por costumbre ir a Granollers casi todos los domingos, para enseñar a tirar al blanco a los niños del «Requeté».

Llevaba en sus bolsillos un crucifijo y una navaja de grandes dimensiones.

Aun sin ser conocido, nadie hubiera dudado del partido a que pertenecía.

Navaja, crucifijo y brutalidad son tres distintivos del carlista.

## Las dos Españas

El conflicto creado con Portugal por la conducta de las autoridades españolas en la preparación de la irrupción monárquica en la vecina república, ha planteado de nuevo el problema del patriotismo jesuita.

La prensa monárquica nos presenta a los portugueses como enfurecidos contra España, es decir, contra la España total y contra el pueblo español, para que estos denuestos injustos despierten nuestro enojo y nos hagamos solidarios del gobierno y de sus protegidos los paivantes. Aclaremos algunos términos oscuros de este barullo.

Si la irrupción paivante, en vez de ir seguida del fracaso, hubiera salido triunfante ¿qué dirían hoy los monárquicos españoles? ¿No saldrían a reclamar su parte en el botín, y no se envanecerían de haber sabido guiar la incubadora? ¿No habría algún ministro, ó gobernador, ó sobrino ó yerno, que pidiera la cruz de *Cristo* en pago de los servicios prestados a la conspiración?

Si hubiera triunfado la conspiración, el conflicto cambiaría de aspecto; sería con el *pueblo portugués vencido*; pero este conflicto con el pueblo sería una gloria y vínculo de amistad con el Manolo restaurado y con el *Estado* que él constituiría. Sus barcos vendrían a Bilbao a darnos las gracias: el ejército manolista aclamaría a Canalejas como el mejor aliado y servidor.

Y en tal caso, cuando los españoles protestáramos de la violación del derecho, nuestros gobiernos se reirían, como se reía Cierva ante las protestas del pueblo aterrorizado y ante los cadáveres de los fusilados. Nuestros gobernantes se reirían del pueblo portugués vencido y sin cañones con que poder formular una

protesta, y del pueblo español impotente y encadenado.

Así sucedería.

De modo que el conflicto actual no proviene de la violación del derecho, sino del *fracaso* manolista.

La *violación* supone temperamento delinciente y amoral, cosa muy corriente y que viste bien en la política. Pero la *violación* descubierta y acabada en punta, es el ridículo; es la muerte del político y el terror del diplomático.

Estamos, pues, en esto.

¿Quieren los *fracasados* que el pueblo español se haga solidario del *fracaso*. ellos, que se reservaban el reparto del botín?

No puede ser. Todo el fracaso es para ellos solos. La gloria de la violación del derecho y de la derrota: *para ellos*.

Portugal lo sabe. Sabe que en España hay monárquicos que prefieren la destrucción de la patria, a una patria republicana. Saben que esa patria no es el pueblo honrado y trabajador, sino la monarquía inmoral; y con ella se irían a Portugal contra España, como hoy desde España van contra Portugal.

Estos no son españoles más que de *ocasión*: antes que españoles son monárquicos.

Y estos son los de la *violación*, los del *fracaso* y los del conflicto. Allá ellos.

¿Qué tienen que ver con ellos el Pueblo y la Patria?

Se llaman *España*: esto es, la España opresora de su pueblo é irrespetuosa del Derecho: nada tiene que ver con esta *España opresora* la *España oprimida* que denunció la conspiración.

El gobierno se reía de las denuncias.

Riámonos ahora del fracaso.

Es la ley del Exito.

## Recuerdos de la cárcel

Entre los recuerdos agradables que conservo del tiempo que pasé en la cárcel, figura el de los ligeros coloquios que mantuve al vuelo con dos hermanas de la caridad: Teresa Arias, asturiana, y Nieves Sánchez, alicantina, encargada aquella del departamento de niños, y dedicada ésta, amén de otras faenas, a presenciar la distribución de los ranchos en la primera galería, donde yo estaba,

Sor Teresa acaparaba la simpatía de presos y empleados, que la saludaban con afectuoso respeto, por la sencillez de su trato y el interés intenso y constante que se tomaba por los pequeños delincuentes, lo inagotable de su bondad para perdonar sus travesuras, y la equidad con que procedía en el reparto de los extraordinarios que les proporcionaba: era el *hada* benéfica de aquellos chicos harapientos, de rostro alegre y picaresco y de espíritu inquieto y ya un tanto borroso. Caritativa por impulsos del corazón, no por imposiciones del deber, carecía de la aspe-



reza y sequedad que suelen distinguir á las Hermanas de la Caridad y que lastiman á los mismos que favorecen.

Sor Nieves inspiraba compasión á todos: enferma de clorosis, de anemia ó de tisis, se la veía cruzar las galerías fatigosamente, siem pre con los ojos bajos y el paso lento. En las veces que le hablé, advertí en ella un misticismo tan exagerado y le oí hablar con tanta alegría de su próximo fin, que recordé aquellos hermosos versos de Santa Teresa:

«Vivo sin vivir en mí,  
y tan alta vida espero,  
que muero porque no muero.»

Un día, al subir yo de la comunicación, estaba sor Nieves junto á la meseta de la escalera por donde tenía yo que pasar. La saludé, y bajando los ojos más que de costumbre se acercó á mí, y en voz baja y balbuciente me dijo:

—¿Si usted... quisiera... hacerme un favor?... ¡Pero, no, no!... ¡No va usted á querer!...

—¿Y por qué no? Si está en mi mano...

—No, no me atrevo... ¡Como usted no cree en nada!...

Comencé á comprender y me sonrei, diciéndole:

—Pero hable usted. Dígame qué desea.

—¿No se incomodará usted, verdad? ¿No se burlará de mí? Usted es bueno, y es una lástima que no se salve... ¡Me promete usted que no la tirará?... Es de nuestra fundadora... ¡Y muy milagrosa!...

Y rápidamente, sacando la mano del bolsillo, sin mirarme y temblando, me entregó una medalla, que yo tomé casi conmovido, y que metí delicadamente en el bolsillo del chaleco.

—¡Cómo!—exclamó estupefacta y llenándosele de lágrimas los ojos.—¿No la tira usted?... ¿Y la guarda?... Gracias, don José. Ya sabía yo que usted no era malo... Bésele usted mucho... Y se salvará... Yo rezaré todas las noches por usted.

Dió tres ó cuatro pasos, volviéndose, y murmuró casi á mi oído:

—¿Se la costará usted ahí, donde la ha guardado, por dentro, al lado del corazón?...

—La engañaría á usted si le dijera que sí. Lo único que le ofrezco es conservarla en recuerdo de una buena intención.

Me incliné respetuosamente ante aquella alma sencilla, y continué la ascensión hasta mi celda.

Y desde entonces, cada vez que encontraba á sor Nieves, más pálida y con los ojos más hundidos cada vez, la enteraba de que el milagro no se había verificado aún, y ella me contestaba invariablemente:

—Ya se verificará. ¡Rezo por usted todas las noches!... ¡Si; usted se salvará!...

Han pasado los años, y á guien me ha dicho que sor Teresa abandonó hace tiempo la Congregación, sin renunciar por esto á la misión que con tanto desinterés, celo y amor desempeñaba: distribuir entre los desgraciados los tesoros de caridad que en su noble corazón guarda-

ba, y que hoy se halla al frente de un Asilo laico en Buenos Aires. Si alguno de los muchos lectores que allí tiene El Motín la conociese y me diera noticias suyas, yo se lo agradecería.

En cuanto a sor Nieves...

He aquí la carta que he recibido hace seis días, fechada en Mataró:

«Sr. D. José Nakens.

Muy señor mío y de mi mayor consideración: Quizás le extrañe á usted recibir esta carta, y es natural, porque jamás esperaba usted tener noticias de mí; pero es lo que dice el refrán; de sabios es cambiar de pensamientos; y aunque yo no soy sabia ni por asomos, he cambiado de modo de pensar, y tan radicalmente, que he ido á parar en brazos de un republicano y librepensador, que es hoy mi esposo.

El motivo de salirme de la Congregación, ni yo misma lo sé. De Madrid me destinaron á Melilla, de Melilla á Mataró, de Mataró á Barcelona, y de Barcelona á Madrid. Fué mi hermano á verme, le negaron que me viera, recurrió al Juzgado, y por esto me sali.

Me fui á vivir con mi hermano á Alicante y de allí pasé á Mataró; la casualidad hizo que fuese á parar de auxiliar á una escuela racionalista, que es mixta, y en ella conocí á José Abril, que así se llama mi marido.

Todas las semanas leo su periódico, que me gusta mucho:

Dará expresiones á D. Rafael Salillas, y dígame que el día que sepa su domicilio le escribiré, ó iré á saludarlo el día que me entere que está en Barcelona.

¡Con qué gusto recuerdo ahora aquellos ratos que hablaba con usted de cosas de religión, y que tanto coraje me daba oírlos! No sé si recordará usted aquella medalla que le di, y que usted decía con mucha gracia que haría lo posible por comérmela, pero que creía que iba á poder usted más que la medalla.

Y veo que pudo usted más que la medalla, y que la que ha cambiado soy yo.

NIEVES SANCHEZ

*Nota.*—Supongo recordará usted á la hermana sor Nieves Sánchez, de la Cárcel de Madrid.

*Otra.*—Tendría mucho gusto en que me contestara.

Mi dirección: calle de San José, 21. Mataró. Aquí tiene usted su casa; cuando guste puede usted venir, pues es un pueblo que le gustaría, y usted gustaría al pueblo.»

Sra. D.<sup>a</sup> Nieves Sánchez de Abril.

Mi estimada...

(No sé qué nombre aplicarle á usted, que correspondiera al agradecimiento que la debo por haber tratado de procurarme la bienaventuranza eterna. Pero en la duda, sírvase aceptar el de amiga.)

Su carta me ha producido varios efectos agradables.

Primero: saber que vive usted, cuando la creía muerta hace tiempo.

Segundo: que no sirve ya de carne de cañón al clericalismo.

Tercero: que está en condiciones de hacer feliz á un hombre.

Cuarto: que puede comprobar, al amantarse sus hijos, que la mujer ha nacido para ser madre, no sor.

Y quinto: que se haya acordado de mí.

Como usted habrá visto por la especie de preámbulo que he puesto á su carta, no me había olvidado de la entrega de la medalla. Me admiró su candidez, tanto como aprecié su buen deseo, y por eso la acepté, aun sabiendo que no había de sacarme de las garras de Satanás. Le he dado mi palabra de honor de que iré á visitarlo cuando termine mi peregrinación por este valle de lágrimas, y yo cumplo siempre lo que prometo. Y le daré á usted una prueba: ofrezco á usted guardar la medalla como recuerdo de una buena intención, y en mi poder la tengo.

Cuando la encontraba á usted por las galerías y los pasillos, y me repetía que rezaba por mi salvación todas las noches, ya sabe usted lo que le contestaba: «No pierda usted el tiempo. Mi alma está irremisiblemente perdida; (de lo cual me alegro mucho, entre paréntesis.)» Y usted se alejaba horrorizada, santiguándose, y murmurando: «¡Jesús, Jesús qué hombre! ¡El Señor le perdone!»

Todo en el mundo está sujeto á trastocamiento y mudanza; todo, menos esto: que yo haga nada por ganar un cielo donde diz que moran Santo Domingo de Guzmán, Redro Arbués y demás señores que entraron en él por iguales méritos; antes fraile, el ser más despreciable para mí (si no existiera el jesuita), en una creación donde abundan los sapos, los escarabajos, los reptiles, los buitres y los tiburones.

Pero invado sin querer las fronteras del estilo cómico-irónico, cuando en esta carta sólo debo emplear el galante, por tratarse de una señora; el sencillo, por acomodarme al que ella emplea; y el regocijado, porque siento alegría grandísima al saber que ha roto usted los lazos que la ataban á algo muy falso, muy depresivo, muy humillante; pues el rezo maquinal y la caridad fría, como las demás virtudes mecánicas, no dejan en el alma huella de sensación dulce y noble.

Y para evitar la reincidencia en ese estilo, voy á terminar deseándole en su nuevo estado, más santo que el anterior, toda la felicidad compatible con la posición social de su esposo, al que se servirá saludar en mi nombre.

Y si encuentra usted en su camino alguna antigua compañera en la que el fanatismo no haya secado del todo las fuentes del sentimiento, procure inducirle á seguir su ejemplo, y hará obra más buena que la que intentó hacer conmigo al darme aquella medalla de la fundadora de su Congregación.

La mujer ha nacido para santificar por el amor cuanto la rodea; para humedecer con el rocío de su ternura los cálices de todas las flores del alma; para inundar de lágrimas los rostros que bese; para gemir



con el niño que saca del torno en las Incusulas; para sentir las incisiones del bisturí al par del operado en los hospitales...

Si; para esto ha nacido la mujer; no para presenciar rígida, inmóvil, helada, todos los dolores y todas las desventuras: porque esto no es caridad, sino oficio, tráfico, mercadería... flor de trazo sin pelen ni perfume, en la que no se posan las abejas.....

Si un día voy por esas tierras (que lo dudo) tendré el gusto de ir á ofrecerle á usted mis respetos, como hoy lo tengo al repetirme suyo affm. s.

q. s. p. b.,  
JOSE NAKENS

## SERAFIN BAROJA

Ha muerto este hombre, singular des de muchos puntos de vista.

De gran cultura, de instinto artístico extraordinario, de mucho talento, de un humorismo exclusivamente suyo, que le hubiese dado renombre indiscutible si lo lleva á la política ó á la literatura, escritor notable, poeta, competisimo en su carrera de ingeniero de minas, y con el carácter más bondadoso y más igual que he conocido, su modestia excesiva le ha hecho pasar inadvertido para todos aquellos que no tuvieron la fortuna de tratarle. Amigo íntimo suyo desde hace muchísimos años, su recuerdo morirá conmigo.

Sus hijos, el gran novelista Pío, el notable pintor Ricardo, y Carmen, también artista notable, pueden enorgullecerse de haber tenido tal padre.

## Muchas gracias

El Presidente y el Secretario del *Centro de Hijos de Madrid*, me han dirigido esta carta el día 18 del actual:

Sr. D. José Nakens.

Muy distinguido señor nuestro: La Junta Directiva recordando que usted fué el primero que prestó su valioso concurso á nuestra campaña contra la famosa concesión de las obras del subsuelo, admitiendo nuestra protesta en las columnas del ilustrado periódico *EL MOTIN*, ha estimado como un deber el hacerle presente su gratitud y reconocimiento, pues por fortuna para el progreso de esta Corte, el Gobierno no ha aprobado el acuerdo del Municipio.

Pocas veces se consigue el triunfo por las campañas populares, y por eso adquiere más importancia la noble actitud de usted al secundar la razonada iniciativa del Centro de Hijos de Madrid.

Admita esta modesta prueba de sus afectísimos s. s. q. e. s. m., El Secretario general, LEOPOLDO PAU DE CASA-JUANA.—El Presidente, V. M. CALDEIRO.

18 Julio 1912.

Doy las gracias á esos señores, y repito lo que ha dicho en diversas ocasiones.

Todo el que defiende una causa justa, tiene abiertas las columnas de *EL MOTIN*.

## Los curas "trabucadores"

### Lo que buscan es dinero

Acaban de aparecer en Portugal, exactamente iguales á los españoles carlistas más cerriles, unos cuantos párrocos armados sobre el traje de ministros de paz y de amor con fusiles, espadas, pistoles y alguno con tremenda faca.

No hay que preguntar lo que á tal extremo de barbarie sacrilega los impulsaba.

Lo mismo que nuestros carlistas y que los curas franceses caudillos armados de los Chuanes de la Vandée, salían al campo en defensa de la Monarquía, unida en ímpio contubernio con la Iglesia.

Reducidas las cosas á «términos prácticos, los presbíteros portugueses, como los vandeños y los españoles», peleaban por su bolsillo, movidos de este brutal razonamiento. La Monarquía permite á la Iglesia acaparar más dinero; luego yo, que vivo de la Iglesia, tengo que defender á la Monarquía, porque la República me disminuirá los ingresos y el dominio sobre los papenats del pueblo.

No hay en el fondo de todo sacerdote guerrillero más que esto. Y proviene de muy lejanos tiempos: del crimen nefando que cometió la Iglesia antigua al unirse al Imperio bajo el malvado Constantino, cuyos crimenes y sanguinario criterio de persecución tuvo que canonizar é incluir sacrilegamente en el cristianismo.

Desde entonces, así como los monjes alojados en los desiertos por odio á la sociedad se introdujeron al cabo en lo poblado, la Iglesia, que no era, según decía, de este mundo, se metió en él, aspirando al poder temporal; y del Imperio adoptó la crueldad, la santificación de la guerra, el fausto, el culto de la fuerza, el dinero en calidad de elemento indispensable y las formas jurídicas de dominación mundana.

De la religión imperial tomó las vestiduras sacerdotales gran parte de los ritos y de los cantos, el lujo de los templos, hasta el nombre de pontífice para sus obispos, y el de *sumo pontífice* para el antiguo *Papa*, así ornado con el mismo título que el emperador: *Summus Pontifex*.

Quedó desde entonces negado de hecho todo el Evangelio; su providencialismo, que prohibe atesorar, adquirir riquezas, poseer dos vestidos y fiar en medios humanos; su mansedumbre, refractaria á las armas y á la guerra; su modestia en el vestir, tanto el seglar como el sacerdote; su horror á las formas jurídicas, que reemplazaba con simples avenencias entre herparios en la fe, y, por último, aquel hermoso espíritu que prefería la esencia de las cosas y despreciaba las formas, los aparatos escénicos

y los estrépitos mundanales: amaos: he ahí mi dogma.

Ya en esa via nefasta, la Iglesia fué auxiliar de Constantino y de todos los monarcas en sus guerras, casi siempre injustas y bárbaras; cantó el *Te Deum*, hecno por San Agustín, con objeto bien distinto, siempre que el emperador volvía cargado de presas robadas y de esclavos; había unido la causa de él y de todos los principes á la cristiana: era un cortesano más.

Para cohonestar impiedad semejante, los papas, siempre en conflicto con el Evangelio, proclamaron el principio herético de *la defensa de Dios y de su religión* por el hombre armado, y de ahí, como consecuencia lógica, el estado constituido, no por la Naturaleza, sino por el dogma, que debía ser impuesto por la fuerza.

Entonces nació, aunque sin nombre, lo que hoy llamamos la Inquisición, y el cristianismo, de perseguido, se trocó en perseguidor, mil veces más cruel y bárbaro que los paganos.

Ese es el espíritu que ha prevalecido: el que formó á los obispos de cota y lanza, como Gelmírez, Cisneros y Acuña; á los clérigos batalladores, como Santa Cruz; á los inquisidores, como Pedro Arbúés y Torquemada, gente sanguinaria que no fiaba en la Providencia ni en el *auxilio indeficiente* que Dios prometió á su Iglesia: su fe estaba en el imperio de la fuerza y en el dinero.

Dios debía ser defendido á sangre y fuego; mas como á El precisamente nadie le ataca, por extensión y con pérvido alegato de un texto evangélico (el que os odia, me odia), dijeron que necesitaba defensa, armas, coacción, estrépito jurídico, privilegios, oro y mando temporal, ¿quién había de ser? La Iglesia, en concepto de representante de Dios.

Pero en definitiva, y después de muchas laberínticas logomaquias para definir qué fuese la Iglesia, resultaba igual que hoy en la práctica; que la Iglesia eran los sacerdotes y los monjes, únicamente ellos; el resto de los creyentes, la parte mayor, un río mudo é inerme sin otra misión que ser esquilado.

Y eso busca el sacerdote belicoso que se ha visto en todos los tiempos y que contemplamos hoy con repugnancia al frente de taitas armadas: que le dejen esquilas cuanto sea posible; nada más.

Lo primero que hicieron los cuatro ó cinco párrocos armados que entraron como conquistadores en una población portuguesa, fué apoderarse del dinero que allí se encontraba. Con este acto se definieron sus persiolo.

En la guerras carlistas, los *trabucadores* curas iban todos tras del lucro enorme de la mitra, y entre tanto... Recordemos que Manterola no pudo dar cuentas de los fondos de la Bula que administró entre las huestes de D. Carlos. Muchos ca-



becillas volvieron ricos de la guerra, y no pocos, vencedor el liberalismo, se acoplaron, se enroscaron á él, se arrastraron hasta conseguir el ansiado dinero de las prebendas y los obispos.

Será esto humano; pero cristiano, evangélico, no. La esencia del cristianismo se halla en este principio: No sólo no atacar, pero ni aun defenderse; ni Dios, ni su religión, ni la Iglesia, necesitan defensa, ni agredir, ni imponerse, ni están unidos á causa alguna política, ni tienen que ver con las cosas de este mundo.

Y, en efecto, con leer el Antiguo Testamento, única documentación y títulos de existencia que la Iglesia puede exhibir, se ve que si la religión algo necesita es persuadir enseñando con el ejemplo de la virtud.

En todas las religiones, el sacerdote, por la lógica de las cosas, es el hombre de la paz: en el cristianismo, todo el paz y amor, sin mezcla alguna del odio, mucho más: «El catolicismo, ha dicho Renan, debe ser la más religiosa de las religiones.»

El Papado, con su ansia de poder, la ha convertido, desde Constantino, en la religión del odio y de la sangre: he ahí todo. A veces, la Iglesia ha condenado la intervención armada del clero; mas con la boca chiquita, como dice el vulgo, y sin aplicar las penas que establecía.

La última condenación de las vigentes hecha contra los curas guerrilleros carlistas de España y contra los polacos, es de León XIII, á 12 de Julio de 1900, refrendada por el cardenal Di Pietro. Y ¿qué penas impone al fin y al cabo? La suspensión del ejercicio clerical hasta que el culpable sea absuelto por la Santa Sede. No se ha dado un solo caso de tal suspensión.

¡Si lo que al Papado le conviene, aunque el catolicismo se haga odioso, es el cura guerrillero!..

JOSE FERRANDIZ

## Caridad episcopal

¿Qué lección está dando el obispo de Tuy á los obispos catalanes, aragoneses y franceses, que no tuvieron una idea de compasión por los emigrados é internados de la revolución de 1909!...

El de Tuy ¡pobrecito!, se despepita por socorrer á los *pobrecitos* emigrados portugueses, *pobres* angelitos pacíficos que solo esperan las balas dun-dun y la dinamita para ir á dar los sacramentos clericales á los anticlericales de su país.

El prelado, cerrando los ojos á estas intencionalidades y sólo fijo en su desgracia actual según aquello «haz el bien y no mires á quien», recorre desalado las calles implorando para los infortunados limosna de los ricos, amparo del Estado, y de los liberales españoles una lágrima de piedad.

Lo raro es que al prelado no le dan estos ataques de piedad sino con los *pobrecitos* dinamiteros y envenenadores paivantes...

No es esta piedad exclusivista la del Cristo que dijo: «los míos aman á sus enemigos y en esto se distinguen de los paganos.»

Y si no es en nombre de Cristo por quien el de Tuy pide socorro para los paivantes, y los otros obispos piden balas contra los radicales, ¿en nombre de quien hablarán estos Prelados, tan piadosos con unos y tan ímpios con otros?

## El pacto entre moros y cristianos

Los diarios del Gobierno nos traen una noticia maravillosa: el pacto de paz entre la nación católica, consagrada al Corazón de Jesús, y los notables de las kabilas rifeñas, consagradas al corazón de Mahoma.

Esto de «notables» debe ser en Marruecos algo así como los excelentísimos de nuestra tierra, por lo cual, para que los españoles puedan formarse idea aproximada de sus excelencias, he aquí sus nombres, que, de ser cierta la profecía, merecerían ser esculpidos en la Basílica de Atocha.

Son 15 obispos mahometanos de Ulad Musa ó Mohand Fettunra, Ulad Atsman, Ulad Silem, Ulad Hannani, Beni Ukil, Hianen, Ulad Bahui y Mohan.

Las reseñas de este pacto, publicadas por los diarios consagrados al Corazón de Jesús, no dicen que los católicos hayan abjurado la santa fe romana, ni los moros la no menos santa fe mahometana.

Por lo cual, siendo la única y suprema moral de ambas partes contratantes la respectiva moral divina, oficial de sus respectivos Estados, á esos supremos principios debemos á buscar la fuerza y sinceridad de estos pactos y la duración y alcance de estas paces.

Los hijos de Mahoma, al salir de la última conferencia, irán á rendir cuentas á su Santo Pontífice Iman y á someter á su sanción lo estipulado.

Y el Iman les contestará: «¿No es la nación católica la enemiga implacable del Santo nombre de Alá y de su pueblo? ¿No usurpó, profanó y arrasó nuestros sagrados templos, prostituyéndolos á sus ídolos? ¿Cabe, con esta nación impía y diabólica, más pacto que el *Djihad* y la guerra santa? Por todo ello, el pacto es nulo por ir contra las leyes imprescriptibles del Corán. Rige sólo en lo que sirve en favor del pueblo fiel; en conciencia es nulo.»

Y los representantes de S. M. C. irán al Papa, su santo Iman, el cual les contestará: «¿Acaso puede haber pactos entre Cristo y Belial? ¿Acaso son capaces de derecho los anticatólicos, y puede ser lícito guardar lealtad y fidelidad á la raza maldita, infiel y traidora á Dios? El único pacto posible es la *santa cruzada*. Vuestro juramento queda absuelto y relajado por nuestra autoridad apostólica. E los quedan obligados por la honorabilidad humana á guardar lo pactado en favor nuestro: vosotros no quedáis obliga-

dos á ellos por ser contra la autoridad divina.»

Los respectivos embajadores, mustios y cabizbajos, llegaron á sus casas, encontraron sus mujeres rogando respectivamente á Mahoma y á Cristo, y les dijeron:

*La nación católica*:—Mira cómo se la hemos pegado á esos marranos...

*Los notables*:—Mira lo que hemos sacado á esos perros cristianos.

Y en coro doméstico, la familia rifeña cantaba el versículo 25 del capítulo X del Corán. «Los hombres forman un solo pueblo».

Y los católicos: «Sois hermanos: Dios es el padre de todos.»

Y á renglón seguido, los fieles moros elevaban esta oración á Alá:

«Omnipotente y único Dios: extermina con los rayos de tu enojo al maldito pueblo católico, enemigo de tu santo pueblo» Y la cofradía católica, postrada de rodillas, exclamaba: «Levántate, Señor Dios, omnipotente, y ayúdanos á exterminar al maldito pueblo de Mahoma.»

¡Misterios de la Fe!

Está visto que no hay buena fe como la fe religiosa. Y allá se andan la mahometana y la católica, el Iman y el Papa, el Corán y el Evangelio, los ministros de Cristo y los notables de Mahoma.

¡Oh Diosa de los Dioses que se contradicen en eterna disputa y se pelean en eterna batalla: Diosa-Honradez, Diosa Vergüenza, y Diosa Razón... ¿cuándo descenderá tu espíritu de paz sobre estos Espíritus de la Guerra?

Entre tanto, libranos, Señora, de estos dioses y de sus ministros. «Dicen paz y arman la guerra». Firman los pactos de la Paz con la firma de la Traición.

¡Pate, España, de la fe mahometana y no fortifiques tus plazas.

Fiaos, moritos, de la fe pontificia, y no pongais á salvo vuestras mujeres. Se acostarán odaliscas y amanecerán monjas profesas.

R. MAYOL

## Como suene la hora...

Han llegado los liberales españoles lo que nunca pudieron ni sospechar los que vencieron al carlismo en 1839 y en 1876: á tener que defenderse de sus agresiones en una población como Barcelona.

¡Y aún predicán algunos republicanos la tolerancia con los clericales si un día llegan á soplar con fuerza vientos de regeneración!

Ya se lo diremos de misas como tal acontezca.

Y á sus defensores también.

## Beligerancia

Mi particular amigo D. Pedro González Jiménez Sopena, liberal á la moderna usanza española, hombre feliz, gordo y malicioso, hijo de un consecuente progresista y fabricante de jabones, dueño,



en esta noble y vencida villa de Madrid, de cuatro ó cinco casas de los barrios bajos, que nunca obra y cuyos alquileres sube cada dos años concienzuda y metódicamente, estaba esta mañana indignadísimo.

Tenia en las manos un periódico y lo sacudía con violencia.

—¡Asesinos! ¡Asesinos!—decía con iracundo acento.

—¿Qué le pasa?—le pregunté algo asombrado.—¿Se le ha ido sin pagar algún inquilino? ¿Después de un desahucio ha visto usted que el desahuciado habla puesto en práctica las enseñanzas perniciosas de! *Arte de no pagar al casero*, esa obra infernal, cuya venta persiguen ustedes con saña?

—Nada de eso.

—Entonces...

—Acabo de leer la nueva infamia de los carlistas. ¡Es horrible!...

—Me complace esa indignación. Le honra. Veo por ella que el hábito de subir los alquileres y desahuciar á los inquilinos morosos no le ha endurecido totalmente el corazón.

—Yo no soy más tierno que otro cualquiera. Sin embargo, lo que han hecho esos miserables en Granollers es criminal. ¡Interrumpir un mitin á tiros!... ¡Hacer fuego de arriba abajo sobre una multitud distraída é indefensa, donde abundaban los niños y las mujeres!... Pues ¿y ese carlista que por la espalda clavó varias veces su cuchillo en el cuerpo de Miguel Massó, anciano de sesenta y seis años?...

—Suscribo todas sus palabras: es más, las encuentro poco fuertes. Pero permítame una pregunta: ¿Usted no es liberal monárquico?

—Sí; y por cierto que mis correligionarios me tienen muy disgustado.

—¿Porque hacen labor reaccionaria?

—Porque todavía no me han hecho concejal. Y eso que el comité del distrito me propuso varias veces. Pero siempre Romanones borró mi nombre de las listas; es un *autócrata*.

—Autócrata querrá usted decir.

—Bueno. Yo pronuncié la palabra como se la oía pronunciar á mi padre, que esté en gloria. Y á lo que iba. Mis correligionarios me tienen disgustadísimo. Y cuidado que yo fui siempre un modelo de disciplina. Cuando hubo que protestar contra Moret con ocasión de lo de la carta, yo me fui á los alrededores del Senado. Cuando hubo que encumbrar á Canalejas, yo crengué al comité, excitándole á que dimitiese. Siempre, siempre he cumplido como lo que soy, un verdadero liberal monárquico, amigo de la democracia y del orden público.

—Y en las últimas elecciones municipales...

—Voté á un conservador para que no saliera un republicano. Por cierto que lo mismo hizo un cura, vecino mío, que está suscrito á *El Correo Español*.

—Usted hizo lo que afirma. Y sus correligionarios de las demás ciudades de España votaron á carlistas valiosos, pac-

tando con ellos una alianza ofensiva y defensiva. Luego, Canalejas, en un célebre banquete, tuvo frases de elogio para las gentes de la boina.

—¿Y qué?

—Que no me explico su indignación ante los crímenes de esos desalmados partidarios.

—¿Cómo?

—El carlismo estaba muerto. Ustedes lo han revivido en toda España, como antes la Solidaridad lo reviviera en Cataluña. Hoy los carlistas, tolerados cuando no ayudados por los liberales, enseñan á la juventud el camino del crimen, rifando la pistola Browning, como hace *La Trinchera*, periódico de Barcelona; organizan *requetés*—*¡requeté!*, el mismo nombre de la institución es villano... y se adiestran para cazar soldados en una quinta guerra civil, fusilando á manifestantes descuidados, como en San Feliu de Guixols, ó disparando contra los inermes asistentes á un mitin, como en Granollers. Ustedes, ustedes tienen la culpa de todo eso.

—¿Nosotros?

—Sí. El carlismo, que no es otra cosa que un salvajismo fósil, no tiene semejanza en el mundo. Ni siquiera los monárquicos franceses, descendientes espirituales de los vendeanos, se le parecen. Lea usted *La Acción Francesa*, su verdadero órgano. El realismo de Maurras asustaría á Canalejas.

—Sí. Ya sé que no hay nada que se parezca a los carlistas.

—Contra esas hordas debían ir en columna cerrada, desde los conservadores hasta los anarquistas. Están fuera de la civilización. Son algo que no cabe en el siglo, que nadie comprende más que en España. Y por lo mismo, es un crimen concederles beligerancia, buscar los votos de sus electores, considerarles partido digno de respeto. El carlismo tiene, en gran parte, la culpa de nuestro atraso y de nuestra miseria. Las guerras civiles que nos promovió esterilizaron todos los esfuerzos de la minoría culta y progresiva de España.

La nación, con esa víbora mordeándole en el pecho, marchaba cizagueante, vacilando, detrás de los otros pueblos europeos. Y no puede alcanzarlos. Y hoy se contempla pobre, vencida, con multitudes ignaras, con las venas rotas por la emigración, sin que vislumbre la sombra de una esperanza.

D. Pedro se queda suspenso. Luego, como quien ha adoptado una gran resolución, dice:

—Me ha convencido usted. Hay que aniquilar al carlismo. Y como yo quiero dar el ejemplo en mi distrito, subiré desde mañana los alquileres á un carlistón que vive en una de mis casas.

—¿Y se dará usted de baja en el Comité?

—¡Oh! ¡Eso no! Creo que en las elecciones de 1914 me proclamarán candidato.

—¿Y pedirá los votos á los carlistas?

—¡Claro que sí! ¡En nombre de la Solidaridad monárquica! Pero mientras, car-

lista que sea inquilino mío, carlista que las pagará todas juntas. Yo se lo aseguro.

Y después de despedirse de mí, alejose victoriosamente agitando el periódico á guisa de abanico.

FABIAN VIDAL

## La muerte del justo

Muere el cristianismo por pecado de antihumanismo. Agoniza la leyenda humana de los apóstoles. El cristianismo cumplió ya su cometido en la historia de los pueblos, dignificó á la mujer, contribuyó á abolir la esclavitud y tuvo sus mártires que con su sangre cimentaron la iglesia romana. Hoy el cristianismo es rémora y ligadura. En sus estertores llama á las puertas de la hombra para mantener su poderío; y la religión de «paz á los hombres» es cisma guerrero, y las iglesias, que en épocas guerreras eran refugio para ancianos y desvalidos, son hoy fortalezas.

Los hechos de Granollers han tenido un comentario sangriento. Un comentario que delato á las autoridades civiles y á las eclesiásticas. A las civiles, para que vean cómo se glosa la muerte de un ciudadano que ha cometido villanías; á las eclesiásticas, para que vean cómo se prostituyen las palabras que ensalzaron la muerte de los venerables patriarcas.

Esto escribe *El Correo Catalán*:

«El virtuoso capellán del Hospital-Asilo de Granollers, Rdo. Esteban Freixa, nos escribió ayer una hermosa carta, dándonos cuenta detallada de la muerte ejemplar de nuestro buen correligionario don José Vila (q. e. p. d.)

Del contenido del escrito se desprende que el simpático Vila tuvo la muerte del hombre justo, sin lanzar recriminaciones contra los que le hirieron, y pensando solamente en el Ser Supremo.

Recomendó á los que le rodeaban que orasen por él, y nosotros pedimos á nuestros lectores que hagan lo mismo.»

El buen hombre José Vila había muerto asesinando á mansalva.

Siguiendo el ejemplo de ese virtuoso capellán, yo pido también una oración para el Pernal y demás bandoleros que murieron santamente. Pues si el desgraciado Vila murió defendiendo los intereses de un trono imaginario, los otros murieron defendiendo su vida, que siempre es más humano.

AMICHATIS

*El Intransigente.*

• Cuando la burguesía instruida hizo la revolución de 1789, no la realizó sola.

Llamó al aldeano para incendiar los castillos y al obrero para demoler las Bastillas.

El obrero ha hecho su obra y hoy día reclama su salario.

¡Cómplices de la revolución, compartid con ellos el beneficio!—A. FRANCE



# EL MOTIN



El Papa Gregorio El Grande, castigando un monje. (Cuadro de B. Verestchagine).

Ayuntamiento de Madrid



## Tan digno como raro

Lo es el caso que voy á referir:

*Juan Salvador* era un pseudónimo muy conocido en el campo socialista. No así el nombre del que tras este pseudónimo se escondía. Ahora ya se sabe que *Juan Salvador*, era el capitán de Artillería, D. Oscar Pérez Solís.

Puesto en la disyuntiva de abjurar de sus ideas ó renunciar á la carrera, el señor Pérez Solís no ha vacilado. Ha dejado de ser capitán en el Ejército, para ser una simple unidad en las filas del socialismo.

### Más fuerte que nunca

Con este mismo título ha publicado el Sr. Pérez Solís este hermoso artículo en el semanario socialista vallisoletano, *¡Adelante!*

«Si; ahora soy más fuerte que nunca para defender mis ideales. He quebrado las cadenas que estorbaban mis movimientos y me encuentro libre para combatir como sea preciso á los adversarios de mi idea.

«Pueden estar satisfechos los enemigos de ella; sus intrigas cobardes no han servido sino para lograr que mi acción en pro del partido socialista pueda desenvolverse sin trabas. ¡Apuntarse ese triunfo!

«Creyeron deshacerse de mí; pensaron que yo era de los que retroceden ante la amenaza de un peligro; soñaron que yo cedería, que por salvar el estómago vendería mi conciencia; se figuraron que yo era tan rufián como ellos, que comerciar con su dignidad por un plato de lentejas, y se engañaron en un todo. Sigo donde estaba; me quedo en el sitio á que vine por impulsos concertados del corazón y del cerebro; no me voy. Y ahora, más animoso que nunca, más resuelto que nunca, continuaré luchando por la verdad y la justicia, contra la falacia y la iniquidad.

«Para mí es una honra que los sin honra me hayan hecho blanco de su odio. Me parece que, á excepción del cariño de mis compañeros de causa, nada me enaltece más que el odio de unos enemigos tan despreciables como los que tengo enfrente. ¡Enemigos que hurtan el cuerpo para herir al contrario, que se arrastran cual las víboras y no atacan como el León, que buscan la sombra porque temen la luz! ¡Enemigos que no tienen otro ideal que el ansia de indignidades, que se prostituyen para poder vivir, que si tienen espíritu lo han sepultado bajo una montaña de oprobios! ¡Qué poco valen mis enemigos!

«Pensando en esa estúpida jerarquía social que es pesadilla de imbéciles incapaces de otra cosa que de arrastrarse por el suelo, creyeron mis enemigos que la amenaza de quitarme el pan podría reducirme. ¡Y es que tan acostumbrados están á vencer por ese medio á los débiles!

Sin duda dieron por seguro que yo claudicaría en cuanto se esgrimiera una amenaza contra lo que era fruto de muchos afanes y desvelos míos. ¡Claudicar yo! Claudican los impotentes, los castrados, los cobardes; ellos, mis enemigos, son carne de claudicación; yo, no; y si cien veces volviera á nacer, otras tantas veces diría lo mismo: No.

«Si hubiera sentido el acicate de la ambición, si hubiera ansiado ser poderoso y amasar riquezas con el dolor ajeno, y tener hombres que á mi voz se humillasen, y saciar, como mis enemigos sacian, una infinita sed de concupiscencias, habría sido traidor á mis sentimientos; pero jamás he tenido otro anhelo que el de hacer el bien, ni he gustado otro amor que el de la verdad, ni me ha espoleado otro deseo que el de la justicia. ¡Cómo, pues, iba yo á venderme!

«Urdieron mis enemigos una villana intriga para hacerme daño; echaron mano de arterias infames: la falsedad y la delación; encontraron infelices que dijeran contra mí lo que á sus amos convenía; hallaron propicia ayuda á sus designios en un Juan Lanús despreciable, y cuando tenían el arma con que pensaban anonadarme, con que creían destruir á un enemigo que les estorbaba, el arma se quebró en pedazos, porque fué á herir á un acero más duro que ella. Se me ponía en este dilema: retractación ó condenación; si me retractaba, si pisoteaba mis convicciones, si rasgaba mis ideales, si accedía á ser tan vil como se me pedía que fuese, todas las culpas—¡grave culpa la de pensar noblemente!—quedarían olvidadas. De lo contrario, caería sobre mí todo el peso de una justicia que se desvanece como el humo en cuanto el reo se humilla la frente. Y yo escogí la condenación, una gloriosa condenación que me ha permitido saborear los goces del triunfo sobre las miserias humanas.

«Yo no sé, ni me importa saber, el juicio que sobre mi negativa á humillarme pueden tener los que entienden que la humillación es preferible á la pérdida de unos mezquinos bienes materiales.

«Acaso me censuren los pobres de condición moral, los miseros de espíritu; seguramente me repudiarán los malvados que quisieran poder ahogar toda rebeldía contra sus mandatos. ¡Voces que se estrellarán contra una voz que en mi conciencia se levanta para decirme que he procedido bien! Pero en último término pienso que días llegarán en que los hijos de esos hombres—¡quién sabe si esos hombres mismos!—vendrán á mi lado para juntar sus esfuerzos con los míos y los de mis hermanos de ideal en la santa empresa de hacer á la Humanidad verdaderamente digna de ser llamada así.

«Mientras llega ese momento, gozoso me quedo entre mis compañeros de causa, entre los sanos de corazón que anhelan libertad y justicia, entre la multitud oprimida y desamparada que lucha por romper la tiranía en que yace; gozoso me quedo, pobre de riqueza y honores materiales, pero rico en bienes es-

pirituales, dentro del campo socialista. Y me quedo más fuerte, más decidido, más venturoso y más feliz que nunca, porque ahora es cuando empiezo á luchar con la plenitud de mis fuerzas por el engrandecimiento de mis ideales, y porque ahora es cuando puedo combatir con mayor éxito contra los enemigos de la clase en que de corazón estaba antes y por completo desde hoy: en la clase trabajadora. De capitán me he convertido en soldado. ¡Lamentable caída!—exclamarán algunos.—¡No, les digo yo. ascensión triunfal! ¡Corté las amarras que me retenían en un medio donde no respiraba bien, y me he elevado á las alturas donde se asienta la libertad! Si eso es caer, bendigo mi caída. Me encuentro más fuerte después de ella.

OSCAR PÉREZ SOLÍS  
(Excapitán de Artillería).»

Me inclino admirado ante ese hombre.

## Dos noticias

Varias jóvenes de Aspe se han cortado el pelo para hacer una peluca á la Virgen de las Nieves.

La noticia no tiene gran importancia, porque el pelo crece en poco tiempo.

Alguna más tiene esta otra.

El joven Roberto Garriga, de Bilbao, se hizo con una navaja barbera una horrible amputación, no con el propósito de suicidarse, sino, según manifestó al capellán del hospital, para quedarse libre de las tentaciones del pecado.—Ahora—díjole—estoy tranquilo, porque no puedo pecar.

Si todos los curas y todos los frailes imitaran á ese joven precavido, yo dedicaría el resto de mi vida á cantar sus alabanzas.

Y ¿quién sabe?, quizás me diera por arrepentirme de mis errores á última hora, edificado por la fe que supondría aquel tan justo como necesario cercenamiento.

Llévenlo á cabo cuanto antes, y comenzaré á pensar en serio si debo ó no decidirme.

## Los mártires jesuitas

Después de la corona de virginidad que los jesuitas atribuyen á su Compañía, y de la cual hemos dado algunos ejemplos en los artículos anteriores, nos resta considerar la gloriosa del martirio que ciñen las sienes de muchos de sus ilustres hijos, los cuales dieron su vida y sangre por Dios y por el Evangelio. Citemos algunos.

El P. Antonio Criminal es el protomártir de la Compañía. La Compañía le envió de misionero á las Indias en 1549, y apenas llegó á su destino se dedicó á nacer todo el daño posible á los brachmanes, sacerdotes indios, que gozaban de grandes privilegios. No contento con esto



amotinó á los portugueses contra los Bajajes, poniéndose el P. Criminal á la cabeza de los amotinados, muy armado de daga y arcabuz; pero los Bajajes eran cerca de seis mil, y exterminaron á los portugueses y á su caudillo jesuita, atravesándole el cuerpo á lanzazos y cortándole la cabeza. La Compañía en sus anales afirma muy seria que el P. Criminal murió por combatir la idolatría; les bramanes decían que este jesuita hacia honor á su apellido. (*Historie des jésuites*, lib. 2, pag. 114, edic. de 1741).

P. Gonzalez Silveyra, misionero en 1660 entre los cafres y reino de Monomotapa, país riquísimo en azucar, arroz, elefantes, y en minas de oro. Con el pretexto del Evangelio recorrió todo el país, que era inmenso, en menos de un año, levantando planos y haciendo indagaciones con fines políticos y comerciales. Convencido el rey de los cafres que el jesuita era un espía de Portugal lo mandó al otro mundo de varios flechazos. (P. Sachin, *Historia Societatis Jesu*. Lib. 5.º).

P. Martinez, mártir de la Florida en 1566, en la que apenas puso los pies. Sabía que aquella era una región riquísima en oro, plata y piedras preciosas, y pasando en un navio por aquellas costas, quiso hacer una exploración para tomar sus datos, y desembarcó con algunos marineros para curiosar. Sobrevino una tempestad y el navio en el que viajaba, para no ser destrozado contra las rocas, tuvo que internarse en alta mar; recorriendo aquellos parajes tropezó el jesuita con algunos indios, los cuales, viendo que eran españoles, los mataron á golpe de maza, siendo tan mártires los marineros como el P. Martinez. Sin embargo, el historiador jesuita P. Sachin (part. III, lib. 2.º, núm. 146 de la obra citada) afirma que murió por la fe.

Los Padres Capral y Organtini fueron unos misioneros enviados por la Compañía al Japón en 1570, pero no pudieron llegar á su destino. Durante su viaje tropezaron en el mar con los barcos de un tal Jaime Soria, armador de la Rochelle, calvinista, que también iba al Japón con fines comerciales. ¿Qué se les ocurre á los buenos padres? Ordenar se atacara y cañoneara á los barcos de los herejes; pero les salió mal la cuenta, pues los barcos de Soria dominaron á los de los católicos franceses. Soria ordenó el abordaje, y los jesuitas, viendo el mal lance en que se habían metido, enviaron al calvinista, como mediador, á un joven novicio llamado Acosta. Soria recibió con mucho desagrado su misión, y una vez dueño de los barcos en que viajaban los jesuitas, y comprobado por el testimonio de la tripulación que ellos habían sido los causantes de todo aquel combate, los hizo arrojar al mar. Realmente la fe y el evangelio no aparecen aquí por parte alguna; pero la Compañía los da como mártires, y ella sabrá por qué.

Los Padres Campian, Strerwin y Briant fueron condenados á muerte en Inglaterra en 1581. ¿Por predicar la fe? No, por subditos traidores, y jefes de motines

cuyo objeto era destronar á la reina Isabel.

Los Padres Bosgrave, Cottair y Ballard misioneros ingleses, sufrieron la misma pena y por los mismos motivos. El último, después de ahorcado fué descuartizado por haber inducido á Babington á asesinar á la reina Isabel, diciéndole: «Que matar á la reina era matar á un pagano y que con ello se aseguraba la gloria».

El P. Juan Cornille, convencido de traición y jefe de motin, fué ahorcado y despedazado en Douvres en 1549. (*Recueil des Martyrs de la Société*, pag. 457.) Continuaremos.

FRAY GERUNDIO

## Números cantan

En las 392 plazas de toros que existen en España, se han organizado durante el año próximo pasado, ochocientas setenta y dos corridas, á las que han asistido siete millones de espectadores,

Calculando á tres pesetas, por término medio, el precio del billete, el pueblo español ha gastado en 1911 veintiún millones por satisfacer su pasión favorita.

En dicho año han sido muertos á estoque 4.394 toros que representan un valor de 5.318.500 pesetas.

Los caballos muertos en las plazas forman un total de 5.611.

De modo que...

Millones á los toreros...

Mil oyes á los curas...

Millones á los frailes...

Millones á los Bancos y empresas privilegiadas...

Cualquier día hacen creer á los americanos los millones de emigrantes que van de aquí, que en España no hay dinero, ni justicia, ni vergüenza.

Números cantan.

## La juventud ilustre

Acaba de llegar á nuestras manos un tomo de 280 paginas, en cuya portada se lee: *Concepto actual de la Filosofía Médica y su valor en el desarrollo de la Medicina*. Como se ve, el titulo no es grano de anís.

Cualquiera creerá que el autor de tan peliagudo trabajo es algún venerable varón de lengua y blanca barba, encanecido en el laboratorio y en la cátedra. Pues nada de eso. La obra ha brotado de la pluma de uno de los jóvenes de más talento de España: el doctor D. José María Albiñana Sanz.

Por cierto que con la mitad del saber que encierran sus páginas, ya podrían Jarse por satisfechas la mayoría de esas calamidades pedagógicas que con el nombre de Catedráticos se albergan en los laberintos de las Universidades como las cucarachas en los rincones.

Alegra el alma ver cómo de cuando en cuando, en medio de la juventud jesuita y afeminada de la España docente,

se destaca gallarda la iluminada figura de jóvenes que, como el doctor Albiñana, vienen empujando con ideas nuevas y alto poderío intelectual. Aquí, donde no se ven más que *luises* y cofrades de escasisimo meollo y de plena repetición rutinaria, es donde más se debe estimar la gran labor cultural de estos brillantes vástagos de la nueva generación.

La obra de Albiñana, aunque técnica, está tan clarísimamente escrita, que puede penetrar en todas las inteligencias. Este es acaso el mayor mérito que le encuentran profesionales y profanos.

Pero nosotros, aparte las demás bellezas y el profundo estilo de la obra, admiramos la valentía y la honrada sinceridad de su autor, al tratar cuestiones completamente vedadas por nuestros vetustos y reaccionarios centros docentes y Reales Academias. Porque han de saber ustedes que la obra ostenta el preciado galardón de haber sido premiada en público certamen por la Real Academia de Medicina de Madrid.

Prescindiendo de todo prejuicio, el insigne Albiñana arremete contra todas las mentiras tradicionales: en una página destruye la leyenda nea de que en la Edad Media la Ciencia se refugió en los conventos. Ved lo que dice á este propósito:

«Paralelamente al florecimiento árabe, fraguábase en el obscurantismo medievo un golpe de muerte para las doctrinas médicas. Aquellos sabios orientales que tanto habían hecho por el adelanto médico, ignoraban que su obra habla de dormir largos años bajo la pesada losa del fanatismo.

»En efecto: la ciencia nueva y fresca salida de los fecundos cerebros sarracenos, lejos de desenvolverse progresivamente, cayó en una paralización lamentable. Ardían aquellos siglos en guerras violentas que devastaban los fértiles campos y detenían el progreso de media Europa; parecía que la civilización toda requería un fuerte revulsivo para su ulterior adelanto.

»Dedicada la atención europea á escuchar el impetuoso fragor de las batallas, olvidó las agra lecidas caricias que debía prodigar á las Ciencias. Todas ellas sintieron la influencia del florecimiento bélico; únicamente de aquellos tiempos guerreros queda en la historia de las legslaciones europeas el espíritu del exagerado rigorismo que las informó.

»En estas circunstancias, fácil es comprender la situación de la Medicina; empujados á las armas cuantos con ellas podían contribuir á las ansiadas conquistas, quedó un núcleo de ociosos en los monasterios, la vida contemplativa los alejó del estruendo de los combates, y reducidos en las intimidades de la celda, pudieron perfectamente dedicarse á la reflexión y al estudio, con la calma y las horas tranquilas que á los demás faltaban.

»Ocasión habia para haber conseguido un resurgimiento de las doctrinas médicas. La gente de estudio, constituida casi



completamente por los frailes, favorecidos por la quietud y la inmunidad de que gozaban en medio de aquella fiebre de luchas, pudieron haber hallado métodos en los cuales hubieran desenvuelto nuevos sistemas médicos.

»Aprovechando para ello el inmenso depósito de filosofía legado por la Grecia y mejorable por el genio latino, el florecimiento árabe pudiera haber encontrado consolidación eterna con una recopilación en parcial de sus escritos; pero el fanatismo religioso, el odio de secta entre sarracenos y cristianos destruyó gran parte de esta obra.

»Los monjes no podían avenirse á las teorías materialistas de Anaximandro, ni á la filosofía libre de los jónicos. Enamorados de Aristóteles, tomaron de él cuanto pudo aprovechar para apoyo y justificación de sus aseveraciones dogmáticas, en las que se fundaba un culto de exclusivo espiritualismo; por eso desterraron todo sabor racionalista, creyendo así conservar pura la idea de Dios.

»El furor sectario cayó sobre la obra de los árabes, cebándose en ella con ceguera felina. Los frailes, temerosos ante la pujanza de la cultura sarracena, apresuráronse á detenerla pretendiendo destruirla; creían, tal vez, que esta cultura implicaba el predominio de la religión malometana, y acallaron las voces que al mundo entero dirigía, desde venerables pergaminos, la ciencia oriental.

»Y comenzó una guerra odiosa, mil veces peor que aquella que por los mismos tiempos arrasaba campos y destruía ciudades; la mano rencorosa de los monjes arrojó al fuego millares de volúmenes en los que palpitaba el noble esfuerzo cultural de una civilización gloriosa. Las obras de los mejores médicos árabes fueron á las llamas, juntamente con lo que el mundo greco-latino había brindado á la posteridad, impregnadas de un pecaminoso materialismo...

»Consumado este crimen científico afrenta de unos siglos de bestialidad triunfante, quedó la Medicina en poder de los monasterios; el principio de esta posesión determinó tan bien el principio de una vergüenza eterna; los moradores claustales no molestaron su atención elevando el pensamiento á la consideración de los fenómenos vitales; sus relaciones con los devotos bicerreñes pensar en una nueva fase de la práctica médica que cubre de rubor á nuestra ciencia.

»Privaba en aquellos tiempos la idea de lo sobrenatural; cualquier acontecimiento que se relacionaba con la vida humana hallaba explicación, bajo todos sus aspectos, en los misteriosos designios de la Providencia. La voluntad divina disponía las cosas á su antojo, y para excitarla ó calmarla se ponían en práctica los más absurdos procedimientos. Las enfermedades no eran ya alteraciones funcionales ú orgánicas dependientes de causas externas ó de agentes morbosos; eran sencillamente castigos justísimos que el Señor enviaba á los réprobos, como retribución de sus pecados; y cuando el enfer-

mo no era réprobo, sino un devoto de los de mayor enjundia, entonces, entonces la dolencia significaba una gracia que la Providencia concedía al interesado para facilitarle por el sufrimiento físico la purificación del alma, condición indispensable para alcanzar la gloria eterna.

»La misma explicación tenían los remedios, resultando una terapéutica milagrosa de estufendo contenido... Aquí fué el surgir de aguas milagrosas que curaban al paciente con sólo mojar la mano; la aparición de imágenes que descendían del Cielo con la misión exclusiva de curar al fiel que le dedicaba sus oraciones; el tráfico simoníaco de amuletos y reliquias de imponderable valor clínico, por el hecho precioso de haberse puesto en contacto con el sagrado cuerpo de algún Santo acreditado. Las oraciones y fórmulas para prevenir la hora del parto, á fin de que transcurriera con felicidad...

Esta fué la manifestación primera de la medicina monacal. La Filosofía médica de este período no puede hallarse, porque en realidad, tampoco había Medicina; una cadena interminable de supersticiones y errores amasados con fanático fervor constituía la explicación de todos los fenómenos biológicos.

Renunciamos á reproducir el capítulo entero, que, como todos los de la obra, son interesantísimos.

Después de estas terminantes y documentadas afirmaciones del erudito doctor Albiñana, ya no puede creer nadie en la historia de la preponderancia científica de los monasterios; lo que hicieron los monjes en la Edad Media fué adulterar, falsear la ciencia.

El joven doctor nos asombra con una lista de sus obras, que basta para cimentar sólidamente una reputación científica. En breve tiempo lleva publicadas la *Gaceta Médica de Levante*, *Desarrollo de las comunidades espirituales* (trabajo de cátedra); *Investigaciones recientes acerca de la regeneración de los nervios* (estudio crítico); *la Medicación cacodilíca, fosforada en el tratamiento de la neurastenia*, *Concepto actual de la Filosofía Médica y su valor en el desarrollo de la Medicina*, *Fraternidad y Cultura*, *Orientación de la juventud ante el problema religioso*; y en preparación anuncia *Los Médicos rurales* (estudio político-social) y *Carmelina*, novela de tendencia.

Añadamos á esto el ser doctor en Medicina, Abogado, Académico, Secretario en el Ateneo de Madrid, Primer Premio de la Prensa Médica Española, Presidente del Primer Congreso Nacional de Sanidad Civil, Director del periódico médico de mas circulación de España y luchador infatigable. ¡Y todo esto á los veintiocho años de edad!

Esa es la juventud que vale; la verdadera juventud, la útil.

¡Qué diferencia entre este joven ilustre y estos millares de imbéciles que se pasan la vida oyendo sermones, pisando las sacristías y robando las peras al chaleco de papá!—DR. MARIN ELOPIS

Algún periódico liberal, al conmemorar el aniversario de la batalla de las Navas de Tolosa, ha admitido el milagro de la aparición del ángel vestido de pastor que guió al ejército, y las señales de triunfo dibujadas en el cielo.

Al acabar de leerlo, me dije:  
¿Cómo no ha de dominar el clericalismo habiendo liberales de esa vitola?  
¡Qué asco producen estas vergonzosas y riuiculas abdicaciones!

*Espectos salvajados*

## 30.000 ASESINATOS

*Un Libro Azul te revela los actos de ferocidad y horrendo cometidos por la compañía del caucho en el Perú. Detalles horripilantes. Visiones dantescas. Hombres abrasados vivos. La caza del indio. Descuartizamientos.*

En Londres está produciendo sensación enorme el Libro Azul en que consta el informe del cónsul inglés en el Perú, respecto á las horribles crueldades de que son víctimas los indígenas empleados en la recolección de caucho por la Peruvian Amazon Company.

El Foreign Office había ordenado al cónsul que esclareciera lo relativo á tales actos de ferocidad, y éste comprobó que los empleados de la Compañía citada han saltado los sesos á infinidad de criaturas, que flagelaron á hombres y mujeres hasta darles muerte, que á muchos de unos y otras se los dejó perecer de hambre, que por distracción, se empleó á indígenas como blanco para el tiro de revólver, y que á otros muchos, por el mismo motivo, se les cortó las orejas.

Más del 90 por 100 de la población indígena muestra en su cuerpo las huellas del látigo. Y es tal la ferocidad desplegada, que en doce años se ha matado á 30.000 personas por los procedimientos antedichos.

Un boliviano, Armádo Normand, alto empleado de la Compañía, que huyó al Brasil en cuanto se comenzaron las investigaciones, hizo perecer, entre fantásticas torturas, á infinidad de muchachitas, luego de saciar su carnalidad.

A las muchachas y á sus padres y hermanos los rociaba de petróleo y les prendía fuego, luego de atarlos á un poste.

Se sabe también que les saltó á tiros la tapa de los sesos á muchos niños, y que les cortó brazos y piernas á muchos adultos, dándolos abandonados para que pereciesen lentamente.

Refiere un testigo presencial que vió á Normand poner en hilera á tres indios, sólicamente atados, y matarlos con un sólo balazo, para comprobar la fuerza de penetración de su rifle.

Otro compañero de Normand, llamado Aurelio Rodríguez, que hizo fortuna en la Compañía y se retiró del negocio, organizaba con otros compañeros armados de rifles partidas de caza humana.

Los perros de que se acompañaban en



ella revelaban la presencia de los indios en el bosque, y entonces los «cazadores» procuraban envolver a los indígenas en un amplio círculo, exterminándolos a tiros, luego de haberlos herido en los brazos y las piernas al comienzo de la carcería, para que su pronta muerte no les privasen del placer que buscaban.

Cuando lograban sorprender un pequeño campamento indio, hacían refugiarse a balazos en las tiendas a sus habitantes, y luego los rociaban con petróleo y les prendían fuego, matando a tiros a los que buscaban la salvación en la fuga.

No eran estos dos altos empleados los únicos que cultivaban el deporte del exterminio. Según refiere el cónsul inglés, otros muchos lo practicaban en diversas formas, siendo la más usual la de atar los indígenas a un árbol, haciendo apuestas sobre cuál de los tiradores los mataría más pronto.

También se ha empalado a muchos hombres y mujeres, haciéndolos sentar a viva fuerza en un palo puntiagudo puesto en el suelo.

A otros se les despedazó de un modo bárbaro. Se escogían dos árboles de tronco recto y limpio y se los doblaba con cuerdas, hasta casi juntarlos. Entonces se ataba a ellos al indio, amarrándolo por los brazos y los pies, y se soltaba los dos árboles, que al recobrar su posición, descuartizaban al paciente.

La variedad de suplicios inventados, excede en horror a cuanto puede imaginarse. Inglaterra, sabedora de tales salvajismos, que, como digo, le han costado la vida a más de 30.000 personas, viene reclamando desde el año pasado del Gobierno peruano para que haga cesar esas explosiones de barbarie.

Viendo que continúan, se ha decidido a publicar el *Libro Azul*, que contiene íntegro el documentado informe del cónsul general inglés, quien se informó de los hechos en el mismo lugar donde ocurrían, que es la provincia de Potomayo.

Como los católicos afirman que no hay hombre ni religión, desearía saber cuál es la que profesan esos asesinos, cuya ferocidad sólo encuentro comparable con la usada en los calabozos de tormento de la Inquisición española, ó con la practicada por los carlistas en las guerras civiles que promovieron el siglo pasado. Por esto estoy inclinado a creer que son católicos, sin atreverme a asegurarlo hasta que no adquiera datos precisos.

## Más sinceridad

Dicen algunos demócratas modernos, y al parecer de gran valía, que la humanidad no puede vivir sin religión, sin un freno que sujete las pasiones de sus individuos por el exceso de libertad.

La humanidad no puede vivir sin pan, debieran aseverar con mayor criterio y más cuerdate.

Por comer sin trabajar, entran en los conventos y renuncian al amor gañanes

robustos; por asegurar la pitanza, muchos clérigos se desgañan predicando las bienandanzas de una vida ultraterrena; por cubrir las imperiosas necesidades del estómago, se convierten muchos seres en verdugos de sus semejantes al mismo tiempo que lo son de ellos mismos. ¡Si no fuera por el hambre que, cual sombra amenazadora se cierne sobre vuestras cabezas, acechándonos a cada momento, no habría tantos hipócritas que defienden a sabidas cosas que están en pugna con el bienestar humano...! ¡Si no fuera por el hambre, no habría la venta escandalosa de conciencias que existe en todos los órdenes, no habría tantos pobres de espíritu que se arrastran a los pies de los poderosos, poderosos por haber sabido acaparar para sí lo que pertenece a la humanidad entera, dejando toda su dignidad, personalidad y carácter de hombres libres, en los faldones del señor que les arroja un mendrugo para su prole.

La humanidad se muere de hambre, y no por falta de medios de vida, sino por falta de vergüenza, por falta de energía y voluntad suficientes para desenmascarar tanto hipócrita, tanto falso demócrata que dicen querer una igualdad social, y por otra parte son colaboradores de todas las causas que motivan el envilecimiento de la humanidad, y acabar de una vez para siempre con esta sociedad relajada hasta el extremo, transformándola por otra más equitativa é igual.

Yo he experimentado más de una vez indignación profunda al ver que hombres en la plenitud de su vida, en el auge de su virilidad, después de realizar un trabajo peroso y mérito en fábricas, talleres, obras, etc., echen mano al taleguillo donde llevan un pedazo de pan moreno y una sardina ó un racimo de uvas, y lo coman con resignación rayana en el suicidio, sin acordarse de los suculentos banquetes y el lujo que consumen y derrochan otros seres privilegiados, sin otros méritos que el no haber producido cosa útil en su vida.

Pero en cambio, si éstos despilfarran un torrente de riquezas en orgías, regatean con un despotismo incalificable un real de aumento en el salario cuando tímidamente se lo reclaman los que les producen todas las riquezas, negándoles el derecho a la vida, la libertad de pensar, valiéndose de los medios de subsistencia que acaparan.

El capitalista dice: «Cuanto más hambrientos haya, más fácilmente ejercemos nuestra supremacía y dominaremos las conciencias. Un hombre con el estómago vacío, transige por todo con tal que le den un mendrugo. Se hará moro, cristiano, fraile, jesuita, verdugo de los suyos, y, en fin, todo lo que nosotros queramos.»

¡Y aún hablan algunos demócratas de frenos y religiones para contener los impulsos reivindicadores de la libertad...!

¿Pero es que puede haber verdadera libertad mientras no haya pan? Un poco más de sinceridad, señores demócratas; no os moféis del pueblo que sufre y pide

pan como puede y sabe; no os entretenáis demasiado en halagarle unas veces y zaherirle otras, aunque siempre sujetándole al yugo burgués; que no está lejano el día en que, conociendo vuestras argucias y sacudiendo el letargo en que yace, desenmascare tanta hipocresía como existe en esta sociedad caduca, haga imposible tanta maldad, tanto embuste, tantos infractores del bienestar social, y prepare con grandioso ímpetu una sociedad más humanitaria, con pan para todos, con libertad para todos, con plétora de amor y sinceridad, sin necesidad de religiones ni frenos que detengan sus pasiones lícitas, apoyadas en el hermoso baluarte de la libertad y aseguradas con el principal factor, que es el estómago satisfecho.

RAFAEL MARTINEZ

## CRUEL, PERO LOGICO

Un barquero vió caer en el mar a un cura y un perro. El buen hombre se tiró al agua para salvar... al perro.

El párter gritaba:

—¡Sálvame a mí y deja que el animal se ahogue!

—No, no; usted cuenta con otra vida, que no perderá aunque se ahogue. Mejor es salvar a este pobre perro, que no tiene más vida que la presente.

## Los crímenes en el penal de Figueras

### Graves denuncias

Ha publicado el periódico *Tierra y Libertad* el artículo que reproducimos a continuación, cuya lectura causa horror; y aunque cuesta trabajo creer que en una época de libertad, orden, tolerancia y democracia monárquica ocurran tales hechos, nos hacemos eco del citado artículo, para que esos hechos se depuren.

Dice así *Tierra y Libertad*:

«Bajo el epígrafe de «La Inquisición en el penal de Figueras», recibo un extenso relato de varios penados del mismo, acompañado de una esquela en la que me ruegan lo haga público, para que las autoridades de la nación y el mundo entero tengan noticia de los crímenes y robos que un puñado de caribes uniformados han realizado en aquel penal durante ocho meses.

Salvo aquello que afecta a la Gramática, lo demás es completamente igual a lo expuesto en el relato. Dice así éste:

«Día 20 de Junio de 1911.—A las diez de la noche estábamos todos en nuestros dormitorios, cuando sentimos dar alaridos en el patio y voces que decían: ¡Auxilio, compañeros, que me asesinan! A los gritos se alarmó la población penal, y llamaron la atención a los jefes dando porrazos a las puertas; pero esto no sir-



vió de nada más que para que el castigo arreciase más.

Al día siguiente permanecimos encerrados, y por la noche volvieron á hacer lo mismo con otros, y como vieran que la población penal se alarmaba, nos tuvieron encerrados durante doce días.

Todas las noches sacaban dos ó tres, dándoles palizas de muerte. Luego los desnudaban, dejándoles en paños menores, y les quitaban los interese, trasladándoles á la «Siberia», con los ojos vendados y las manos amarradas. Este departamento está independiente del penal, y al salir por la puerta del «rastrillo» decía el empleado: «Agachar la cabeza».

Al mismo tiempo, los cabos de ronda descargaban palos sobre la nuca, hasta dar con ellos en tierra, siguiendo de esa forma hasta completar las cadenas que en aquel departamento había, que eran treinta y cuatro.

Igualmente siguieron haciendo con otros, que llenaron las celdas de castigo y corrección que se hallan en el interior del penal, cuyo número es de cuarenta y ocho.

Ahora vamos á dar unos pocos detalles de lo que hacían con los de la «Siberia».

Los cabos y empleados que estaban encargados de su vigilancia se dedicaban á quitarles el pan, el cual vendían en el patio, y con cuyo importe emborrachaban á los cabos, haciéndolo por espacio de tres meses, unos días la mitad y otros días entero.

De vez en cuando entraban en la «Siberia» á aquel que le tenían «entre ojos», se liaban con él, dándole «pan» para cinco años. No contentos con esto, un vigilante hermano del director, llamado don César Milena (el director se llama don Nemesio, y ha sido el que más se ha distinguido), sustraía el tocino del rancho, poniéndolo en un plato y echándoselo á su perro. Cuando éste se hartaba, le decía al cabo: Echa eso que sobra otra vez á la gaveta, para que esos perros que están ahí amarrados coman alguna grasa también.

Por las noches les quitaban los «zambullos» que había para hacer las necesidades, y les obligaban á hacerlas en su plato de comer.

El médico les tenía mandado una medicina, que era un contraveneno, para que se curasen la boca, pues todos la tenían mala, y un día el vigilante D. Felipe la vació en la gaveta, sin que podamos precisar con qué finalidad, aunque creemos que era con el fin de que hiciéramos una reclamación, para poder así dar unas cuantas palizas; pero nosotros, que lo sospechamos, no dijimos nada, contentándonos con tirar el rancho cuando nos quedamos solos.

Pero, por desgracia, no fué posible evitar lo que se proponían.

También hemos de hacer constar que por el terror violaron á un muchacho los cabos Manuel Vecino y Tomás Cano.

Ahora vayan los nombres, para que todos conozcan á esa manada de tigres.

Eusebio Pagán, José Yepes, Francisco Daudel, Pedro Méndez, Tomás Cano, Pedro Casellas, Manuel Vecino, Manuel Ubeda, Antonio Mesquitas, Antonio Ródenas, Francisco Valverde, Angel Sánchez, Luis Sánchez, Basilio Ignacio, Rejano Vicente, Serfia (a) «El Tuerto», Pascual Baldonado, Francisco Zafra, Nemesio Martínez, Francisco Quero, Lorenzo Jaén, Juan Hernández, todos estos cabos

Vigilantes: director. D. Nemesio Milena; administrador, D. Ramón del Campo; D. César Milena, hermano del director; D. Rafael Rodríguez, D. Luis Angui, don Alfredo, D. Ventura y D. Felipe.

También hay que incluir al hijo del director que, aunque no es empleado, entra también en la «Siberia» con su vergajo y su revólver, mandando á los cabos que pegasen y amenazando á los amarrados.

A estas dos cuadrillas de bandidos les da usted el tratamiento que se merezcan, por más que todo lo que le diga es poco.

Tal es el relato que envían para su publicación. En cuanto al tratamiento, me someto al que le den las personas humanas, compasivas que no hayan sido engendradas por tigres, y amamantadas por panteras.

El calificativo que le den aquellos les doy yo. Con eso me conformo.

FRANCISCO RICO RUIZ  
(Prisión celular de Valencia).

(Se desea la reproducción en toda la prensa obrera).

NOTA.—Adjunta al presente artículo recibimos una nota firmada por varios penados, los cuales se hallan dispuestos á probar ante los Tribunales de justicia la veracidad de las denuncias insertas en el presente trabajo.

Unos dicen que se ha suicidado la Superiora del Hospital Provincial, cortándose la yugular con un cuchillo, y otros que ha muerto víctima de un accidente.

Si ha sido lo primero y conviene hacer creer oficialmente lo segundo, esta es la versión que triunfará.

Hoy los clericales encuentran apoyo en todas partes, para encubrir lo que les interesa que no se sepa.

## El perro del cura

Acababa de entrar en el café de las Tres Columnas cuando advertí que un negro, sentado en una mesa de un rincón, me saludaba afectuosamente.

—Me ha tomado por otro—pensé sin hacerle caso.

Pero nada, cada vez que se encontraban nuestras miradas, volvía á saludarme de nuevo, hasta que, vista su persistencia, le devolví el saludo. No esperaba otra cosa para correr y precipitarse en mis brazos. Entonces reconocí en él á un antiguo camarada de colegio. Era nada menos que hijo de un rey del Sene-

gal, que lo había enviado á Francia á estudiar y *européizarse*, y, efectivamente, había aprovechado bien el tiempo.

Me contó que había sido mozo de baños, camarero de café, vendedor ambulante, y que finalmente se había dedicado á educar perros.

—Sí, sí—me dijo, aceptando el *bock* que yo le ofrecí,—siempre he tenido un singular cariño á los perros. Un perro tiene un cerebro como el de usted, un corazón como el de usted, y es más inteligente que el caballo y que el camello, como ha dicho el señor Buffon. El último que he educado es el de un señor cura. Supe que era muy aficionado á los perros y me presenté á él.

—Buenos días, amigo—me dijo al verme.—¿Quiere usted que le bautice?

—Buenos días, señor cura. No puedo bautizarme porque soy negro. Vengo á hablarle de perros. El perro es un animal muy inteligente; más que el caballo y que el camello.

—Siéntese usted—me dijo el cura—y tome café.

Enseguida dió un silbido y entraron tres perros gritando: ¡guau, guau! El uno era pequeño y blanco, el otro un gran terranova, y el tercero una perrita negra.

—Vea usted mis animalitos—me dijo—son mis amigos, más leales que los hombres, y me obedecen en todo. El negro me sirve de criado; me lleva el bastón, va á buscar mi pipa, y hace una porción de habilidades; es muy inteligente; no le falta más que hablar.

—Pues yo, señor cura, soy profesor de perros y los enseño á hablar. Aprendí esta ciencia en el Senegal.

—¿Que usted enseña á hablar á los perros!

—Sí, señor. He enseñado á muchos en América; y si usted me deja esa perrita negra, en veinte días sabrá pronunciar muchas palabras.

—¿Y cuánto me costará esto?—preguntó el cura.

—Pues diez francos al día, durante un mes.

Entonces el cura me dió la perra y el dinero diciéndome:

—Ya me la traerá usted cuando sepa hablar.

Tomé el dinero y la perra, me fui á París y vendí la perra en cincuenta francos; y con todo aquel dinero entré en el *Moulin-Rouge*, donde me divertí mucho cenando con una muchacha muy bonita.

Cuando se me acabó el dinero, volví á ver al cura y le dije:

—Buenos días, señor cura. La perrita está muy bien y ya empieza á pronunciar; con diez lecciones más quedará corriente.

Me dió cien francos, y volví á París á gastarlos alegremente. Cuando se me acabaron, corrí á casa del señor cura, poniendo cara muy compungida.

—¿Y qué, va bien la perra?—me preguntó al verme.

—No, no, señor; no va del todo bien

—¿Sabe ya hablar?

—Ah, eso sí! Habla tan bien como yo, pero es una mala persona



—¡Que la perra es mala!  
—Pero muy mala. La semana última me paseaba con ella por las orillas del río y le dije:—Hace muy buen tiempo.—Y respondió:—Sí, muy bueno.—Y seguimos paseando, cuando de repente me pregunta:

—¿Y qué dice aquel viejo?  
—¿Qué viejo?—le pregunté.  
—¡Pues toma, el cura, mi amo! ¿Qué tal le va? ¿Está bueno?  
—Sí, muy bueno—le dije.  
—¿Y tiene todavía la costumbre de acostarse con la cocinera?

Entonces yo, furioso de oír aquella lengua calumniadora, le di un terrible puntapié, dió una voltereta en el aire y cayó muerta dentro del río.

—Muy bien hecho, querido amigo—me dijo el cura,—muy bien hecho.

Y me despidió dándome cien francos más.

GEORGE AURIOL

## ERA DE ESPERAR

El capellán del convento de las Esclavas, aquel buen señor de quien se dijo que había enseñado no sé qué á una niña de doce años en el paseo de los Caños, ha sido absuelto con todos los pronunciamientos favorables en el Juzgado municipal del Centro en Bilbao.

Era de esperar. De algún tiempo acá todos los sacerdotes católicos resultan virtuosos en los Juzgados.

## Para ellas

Quiero nuevamente repetir mis diatribas contra el régimen y en defensa de las mujeres, de las esclavas de la aguja, que no son sino opositoras á la tuberculosis, condenadas á perder la vista por estar día tras día y hora tras hora desojándose en el taller, en presencia del maestro si son sastras, ó de la maestra si son modistas, escuchando solamente el *tric-trac* monótono de la máquina ó la voz *intencionada* del maestro ó maestra, que pregunta frecuentemente: «¿Falta mucho á esa manga? Date prisa, muchacha, que están esperando la prenda.» Y la obrera procura avivar su trabajo, reflexionando para saber cómo le cundiría más, y si, por necesidad, debía beber agua dos ó tres veces, no bebe sino una, ó se resigna á permanecer sedienta, porque la mirada del dueño se fijará en ella y le indicará que procure entretenerse menos, pues así—pensará él—no es posible continuar.

La jornada de las obreras modistas y sastras es bastante excesiva para un cuerpo débil, y los jornales demasiado irrisorios para que puedan tomarse como modelo en caso de querer averiguar hasta dónde llega el espíritu *humanitario* de sus explotadores.

Así, pues, se sabe que á las modistas se las paga mal, no se las considera, se

las obliga á trabajar DOCE O TRECE horas diarias y, como consecuencia, se las pone en situación de sufrir la tuberculosis, quedarse ciegas y hasta baldadas; y, sin embargo, fíjese el lector en el contraste que ofrecen cuando van ó vienen del trabajo. Van alegres, dicharacheras, riéndose ingenuamente y bromeando entre ellas, tal y como si gozaran de un bienestar grandioso y no temieran á los reverses de la vida. Hasta, si se las escucha, no sería difícil oír que hablaban de quiméricos planes, soñando quizás con el príncipe de rubios cabellos y galantes modales que ellas imaginaran en su niñez mientras leyeron cuentos de hadas, de señoritas encantadas en inexpugnables castillos, ó de princesas seducidas por trovadores amorosos, ó, cuando más, se preguntarían entre ellas en qué se parecía... cualquier cosa... ó cual era el colmo de... una tontería...

Por eso, cuando cruzo ante unas cuantas jóvenes que se dirigen á los obradores, ofreciendo á la vista del transeúnte la sensación de algo alegre, simpático y amoroso, pienso que la alegría y el contento que revelan sus rostros no es nada más que superficial, porque si sus mejillas están encarnadas no es, en muchos casos, de salud, sino á causa del poco tiempo que disfrutaban para comer, y tienen que ir de prisa, casi corriendo; y sus palabras que reflejan locuacidad, no son debidas á la consecuencia del estudio, sino á la lectura de periódicos ó libros de determinada índole y á la conversación que sostienen con chulos desvergonzados, y nada más; por todo lo cual se explica que hoy no exista una gran Asociación de modistas, por medio de la que podrían sus asociadas ir conquistando mejoras de importancia hasta conseguir que se las tratase como á seres humanos, ya que entre éstos constituyen el sexo que más cuidado necesitan.

¿Seguiréis, obreras de la aguja, sin preocuparos de nada útil para vosotras? ¿No comprendéis que cuanto más tiempo permanezcáis indiferentes á la organización obrera más largo será el camino de vuestra esclavitud?

Reid, sí, jugad, disfrutad cuanto podáis; pero no olvidéis que estáis obligadas á contribuir á vuestra regeneración y que sólo conseguiréis ésta de una forma: pensando. ¿Será pedir os mucho?

BORN

Renovación.

## Páginas selectas

El miedo á una determinada enseñanza supone siempre incapacidad. Si los hombres carecieran de raciocinio, si fueran postes en los cuales fuera suficiente pegar bandos de saber ó rutinas, se comprendería el terror á las equivocaciones posibles de un maestro. Pero cabe plantear este ineludible dilema: si el alumno es necio, tanto se le dará de una como de la otra enseñanzas; no aprovechará

absolutamente ninguna, y como el error no está sólo en la escuela, caerá en él allí donde se encuentre; bien sea en el hogar, en el círculo, en el taller ó en el lugar de recreación. Si posee talento claro y perspicaz, contrastará en la observación propia los aforismos y sentencias ajenas. No habrá medios de convencerle de que dos y dos son catorce y de que los ángulos de un triángulo equivalen á veintisiete rectos. Su buen juicio sabrá escoger entre la verdad y el absurdo. Sólo así se comprende que los más enconados enemigos del clericalismo y aun de la Iglesia hayan salido de los conventos. Desde Arrio hasta Lutero y desde Calvino hasta Lammenris, todas las herejías han apestado á incienso y han sido obras de curas. Cuando Satanás se rebeló contra el Creador, no se sabe que hubiera asistido á escuela alguna laica, como uo las hubo en Babel, en donde queda demostrada la ineficacia de la enseñanza de los patriarcas.

ANTONIO ZOZAYA

## Entre cristianos

Los niños de las escuelas católicas de Málaga han apedreado la capilla evangélica protestante.

Como quiera que median extranjeros, el Gobierno del Corazón de Jesús ha dado inmediata satisfacción para evitar que en Alemania é Inglaterra llamen criaderos de golfos á las escuelas de la nación católica.

Si fuesen capillas republicanas ó escuelas laicas, ni los protestantes protestarían, ni el Gobierno sería tan celoso del *orden monárquico*.

## Biblioteca de la Inquisición

Se ha puesto á la venta el tomo titulado:

DESPOJO, INFAMIA  
Y HOGUERA

Relación de autos de fe celebrados en Córdoba, comentados por el Licenciado Gaspar Matute y Luquín.

## EN PRENSA

AUTO GENERAL DE FE  
CELEBRADO EN MADERID  
EN 1680.

Descrito por José del Olmo, alcaide y familiar del Santo Oficio.

Este auto es el más memorable de cuantos celebró la Inquisición en España.



# Los Papas

POR  
ROBERTO ROBERT

razón y comprendiendo quizá por revelación superior lo fácil que le había de ser á un obispo equivocarse por exceso de celo, aseguró á esta digna clase la impunidad de todos los crímenes, por enormes que fueran.

Ciertos escritores profanos dicen, que muerto ese León ocupó el s6lio pontificio la papisa Juana, la cual celebró el incruento sacrificio, creó obispos, dió á besar sus piés á los príncipes y al pueblo, concibió buena idea y algo más de un cardenal, y en medio de una ceremonia religiosa, murió de...

Parto del principio de que el lector piadoso no debe dar fe á semejante parrucha.

Los partidos políticos desfiguran la historia conforme á sus intereses.

El Padre Loriquet, de la Compañía de Jesus, escribió en Francia un compendio de historia para uso de los niños, en la que se dice que Napoleón, marqués de Bonaparte, ganó todas sus batallas bajo el reinado de Luis XVII.

Fíese usted luego de historias. Nada, nada, atengámonos sólo á la revelación, y la revelación no ha dicho tus ni mus sobre la papisa Juana.

En materia de escrúpulos nos dejaron muchísimo que admirar.

¡No se hila hoy tan delgado por cierto!

Esteban VII concibió la duda de si el cielo estaría agraviado por la conducta del Papa Formoso, y no dormía ni sosegaba, porque como los Papas son cabezas de la Iglesia, si Dios tiene algún disgusto, ellos son responsables, y se ven en mil compromisos á veces por su excesiva bondad.

¿Qué hizo, pues, Esteban VII para sincerarse ante el cielo?

Mandó desenterrar á Formoso, y dió orden de que su cadáver fuese llevado ante un sínodo.

El difunto reo fué presentado á aquel tribunal cubierto de sus ornamentos pontificios.

Allí se le hizo su proceso: se preguntó por qué, siendo simple obispo, había usurpado por ambición el solio mundanal de Roma; y la verdad es que el muerto debía ser culpable, porque no tuvo una palabra que contestar á los cargos que se le dirigieron.

Entre lo que resultaba del proceso y el silencio del acusado, hubo más que suficiente para fallar acto continuo.

Esteban mandó despojar de los ornamentos pontificios á Formoso, le hizo cortar tres dedos de una mano, y desde

el cuello para arriba ó para abajo (que en esto no son bastante explícitas las historias), si bien se sabe que de resultas le quedó la cabeza separada del cuerpo.

Después, para completar el desagradable del cielo, los pedazos del cadáver fueron arrojados al Tíber.

Esteban VII pudo dormir tranquilo.

Entre tanto el Pontificado propagaba la civilización y la cultura por el Occidente.

Anduvieron mal las cosas, y Sergio tuvo que apelar á una especie de glorioso pronunciamiento para ocupar el s6lio pontificio.

Fué notable por la llaneza de su trato. Conoció á una desgraciada, de quien sin consideración alguna abusaban los hombres mundanos; la acogió bajo su amparo, y sus dos existencias se deslizaron tranquilas y apacibles, ofreciendo un espectáculo semejante al Tormes, que se une al Duero ocupando los dos un solo lecho.

¡Sergio! Por más que se haya cebado en él la maledicencia, en Sergio resplandecieron los más bellos sentimientos y él contribuyó con todas sus fuerzas á que le sucediese en el Pontificado su hijo, que tomó el nombre de Juan XII.

Por error sin duda, por exceso de celo acusaron los cardenales y los obispos á Juan XIII, reprochándole crímenes increíbles como el incesto, el atropello de vírgenes consagradas al Señor, el adulterio, el homicidio, la profanación y la blasfemia.

Sin duda el maligno espíritu echó el resto de sus perniciosas sugerencias en en aquella coyuntura; pero entre tanto...

No puedo asegurar ahora lo que sucedía entre tanto; pero se me figura que el Pontificado propagaba la civilización y la cultura por el Occidente de Europa.

Mas no sólo por la justicia y el celo piadoso lucharon los Papas en su mayor parte, sino que los hubo de ingenio extraordinario.

Prueba de ello nos ofrece Gregorio V. Eso de matar á la gente odiosa al poder se había hecho mil veces; pero generalmente sin gusto, de una manera prosaica, uniforme y repugnante.

Cuando Gregorio V tuvo que dar una muestra de fervoroso amor á Dios condenando á Juan y á Crescencio, les mandó cortar los piés, las manos, la lengua y las orejas, y así, artísticamente mutilados, los hizo pasear, es decir, los hizo ser paseados por las calles de Roma.

La plebe no supo apreciar lo afligido de la idea, pero las personas distinguidas comprendieron bien que una men-

te vulgar no hubiera sabido sacar tanto partido de un simple par de cadáveres, y celebraron como era justo el espectáculo.

Benedictino IX fué subido á la Santa Sede á la edad de doce años.

Difícil era hacerle Papa, tanto, que el conde de Tescennella, viendo que sus razones no eran bastantes para lograr aquel intento, tuvo que repartir mucho oro para inclinar los ánimos venales á su propósito.

Los eternos enemigos del orden y de todo gobierno legítimo murmuraron de él, primero porque era niño, y faltando á la ciega obediencia debida á los Pontífices, tomaron por pretexto si se entregaba ó no á la depravación y á los más vergonzosos vicios.

Yo he leído en autores muy católicos que aquel Papa no fué tan vicioso como se ha querido hacernos creer; pero desgraciadamente el pueblo romano, obcecado en su error, arrojó del s6lio á Benedicto, y puso en lugar suyo á Silvestre III.

Benedicto se quejó á su familia de la sinrazón que se le hacía, pues al fin y al cabo su papá, á fuerza de desvelos y fatigas, había, digámoslo así, conquistado el solio pontificio, y quitárselo al hijo á quien casi pertenecía, pues podía decirse en cierto modo que era suyo por una especie de derecho que podríamos llamar de herencia, era un despojo sacrilego.

Recobró, pues, Benedicto el trono con el auxilio de su parentela; pero viendo que el pueblo romano, poseído de inconcebible odio á su persona, continuaba execrándole, sin que la dignidad del vicariato fuese garantía bastante para librarle de una brutal acometida, se resignó cristianamente á desceñirse la tiara y vendió el cargo de Papa con uniforme, utensilios, muebles y rebaño al Pontífice Juan XX, por una suma de dinero no despreciable, pero tampoco tan enorme que pueda decirse que Benedicto hiciera el mayor negocio del mundo.

No abarató la mercancía hasta el punto de echar á perder la industria, pero repito que no se hizo tan rico como pudo haber deseado.

Después de este suceso, que revela tan cristiana abnegación como aquella prudente advertencia de varón previsor que quiere tener siempre algo en un rincón del cofre, se retiró pacíficamente Benedicto al palacio de su padre, alejado largo tiempo de las arduas tareas políticas,

Allí si le traían un buen pescado, lo comía en paz y gracia de Dios; si le presentaban una perdicita, no la desdenaba:

(Continuad).